

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 110 - Septiembre de 2019 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



Armar el cuento

El 29 de julio de 1985 el presidente Belisario Betancur soltó una frase que sería primera página en algunos periódicos en Colombia: “Ojalá las Farc lleguen al Congreso, porque eso querrá decir que en ese momento cambiarán la dialéctica detonante por la otra dialéctica, la de los mecanismos de persuasión... Es más importante ver a Tirofijo en el Congreso que en la guerrilla”. Betancur estaba en el Perú en la posesión de Alan García y en Colombia el gobierno intentaba traer a la gente desde las montañas hasta los cerros en Bogotá. La Ley de Amnistía había permitido “el regreso de dos mil guerrilleros a la vida institucional”. Según Betancur el proceso de paz se encontraba en un “punto de no retorno”: “Quien me suceda el año entrante tendrá que mantener este proceso que impone la tranquilidad después de treinta años de guerra”. La Unión Patriótica llevaba dos meses de fundada y una parte de la izquierda armada pasaba de la sigla intimidante al afiche electoral.

En las elecciones de marzo de 1986, Jaime Pardo Leal, candidato presidencial de la UP, sacó 328 752 votos con apenas unos meses de presencia política. La Unión Patriótica eligió 14 congresistas (Iván Márquez como Representante a la Cámara), 18 diputados y 335 concejales. El gobierno de Virgilio Barco, con signo contrario al Conservador de Betancur, estaba dispuesto a mantener el proceso. Pero narcos, paracos del Magdalena Medio amparados por una sigla de asociaciones de ganaderos y agricultores, militares y políticos con la clientela amenazada decidieron que era hora de acabar con esa “alcahuetería”. Una semilla de tierra caliente comenzaba a calentarse a toda Colombia. Barco llevaba un mes en el Palacio de Nariño y ya habían matado a dos

congresistas de la Unión Patriótica. En dieciséis años, entre 1984 y 2000, mataron al menos 4153 dirigentes y militantes de la UP. Los militares hacían parte de la arremetida y Horacio Serpa, ministro de gobierno del momento, solo les pedía a los dirigentes amenazados que no lo pusieran a pelear con los militares. Las Farc tenían su parte en la matazón. Mientras algunos se exponían de frente en el juego electoral, ellos seguían en las armas, tanteando el terreno, soltando condolencias y amenazas. El asunto se saldó el 9 de diciembre de 1990, día de elecciones a la constituyente, con el bombardeo del gobierno de César Gaviria a Casa Verde, principal cambuche de las Farc en La Uribe, Meta.

Ahora, la puesta en escena de Márquez, Santrich y compañía hace sonar de nuevo las alarmas de un acuerdo roto, de una desbandada hacia el monte. Hay muchos entusiastas del “regreso a la guerra”, ciudadanos que se alegran ante la certeza de un enemigo lejano y fácil, políticos que disfrutaban la oportunidad frente al cinismo armado y las ventajas de que la gente piense berraca. Pero los tiempos son muy otros. De Jacobo Arenas a Jesús Santrich ha corrido mucho plomo. La retórica de la “marquetzalia” ya no solo es anacrónica sino patética. Márquez y Santrich parecen cada vez más unos muñecos de pilas que comienzan a hablar cuando la cámara titila, presos de un discurso automático, casi robótico, tan aprendido que ya ni en Venezuela significa nada. Márquez vuelve a huir del Congreso, esta vez con una pantomima de 32 minutos, pero ahora sus antiguos compañeros de armas no lo vivan sino que le quitan el carné de la Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común.

Y en el terreno las cosas no están fáciles. El fusil en sus manos es también un alarde

desprestigiado. Un número cercano al 80% de los desmovilizados sigue lejos de las armas. Un buen porcentaje de los que se mantuvieron o volvieron al tropel están consolidados bajo el mando de Gentil Duarte en el sur del Meta y Guaviare. Duarte les lleva cerca de dos años de ventaja en ese territorio, tiene al menos 300 hombres según cuentas de la Fiscalía y maneja una próspera economía coquera sin rendirle cuentas a nadie. Un empresario boyante sin remilgos políticos les ofrecerá, si acaso, una Alianza Público Privada.

Los demás grupos regados de las disidencias son más microempresas criminales que frentes guerrilleros. En algunos casos se han ido combinando con combatientes y “contratistas” de diferentes tropas. En términos políticos se diría que han hecho coaliciones. Además, están de algún modo confinados por los límites impuestos por enemigos variados. De modo que el “ejército del pueblo” de Márquez, el Paisa, Romaña y demás tendrá que concentrarse en un duelo a muerte en muchas regiones antes que plantarle cara al Estado. Es un poco tétrico decirlo, pero muchos lugares ya les hicieron el cajón.

El grupo de Venezuela, por ponerles un pasaporte, no tiene siquiera una letra completa de las antiguas Farc. Durante mucho tiempo las Farc concentraron el 70% de sus acciones en 40 municipios. Eso da una idea de lo limitadas que podrían ser las “gestas” de Márquez y Cía. Entre 2003 y 2016 se desmovilizaron 20 000 guerrilleros de las Farc de manera individual, esa salida por goteo minó algunas fuerzas pero dejó intacta la estructura. La entrega de armas de 13 000 combatientes hace dos años hizo desaparecer definitivamente a las Farc, independiente de que 1500 o 2000 de sus hombres y mujeres hayan vuelto al fusil, aunque no sus filas. Así como las AUC desaparecieron luego de los acuerdos de Ralito, mutaron en bandas, franquicias y facciones cuando más del 30% de su tropa volvió por sus fierros, así mismo las Farc son ahora una colección de intereses económicos menores acompañados de la grandilocuencia de un estado menor.

Nuestras violencias responden cada vez más a lógicas regionales. Con fuerzas más atomizadas y mandos menos influyentes nacionalmente. Lo que pasa en Tumaco, Catatumbo, Bajo Cauca y el norte del Cauca, por mencionar las regiones más complejas, depende mucho más de cotizaciones internacionales, del fracaso del Estado en las cabeceras municipales, de los acuerdos o las grescas entre mandos medios por la contabilidad y otras vueltas que de los discursos y las intenciones de quienes fueron comandantes. Ahora lo importante es que el gobierno no pretenda crecer el enemigo militar para debilitar a los rivales políticos. ©

por DAVID EUFRASIO GUZMÁN

Ilustración: Laura Ospina

Aquel viejo domingo completaba una semana sin salir a la calle. Estaba castigado por una batalla campal que protagonizamos los de la Unidad Residencial contra algunos estudiantes del Pascual Bravo. Aunque en esos tropes los más pelaos solo tirábamos piedras salvaguardados en los bloques que lindaban con el Pascual, a Monareta lo agarraron y le abrieron la cabeza con unos chacos. Esa vez se nos entraron por un roto que le hicieron a la malla. Cuando mi papá supo que un amigo estaba grave en el hospital se puso furioso y me agarró a cantaleta, que Medellín estaba cocinada en violencia, que todo el mundo dispuesto a hacerse matar por cualquier pendejada: ¿La gente no puede rivalizar sin matarse o qué?, ¿no puede enfrentarse sin sacar un fierro?, ¿cómo así, hijo, que manoplas y piedras?, si tienen tantas ganas de pelear, ¿por qué no se dan unos puños sanos como hacíamos antes y siguen su vida tranquila, así sea con la boca reventada?, ¿siempre tiene que haber un muerto en esta ciudad? Queda castigado hasta nueva orden pa que no joda.

Yo en realidad era un pelao pacífico y salvo las batallas donde todos éramos del mismo ejército, evitaba a toda costa inmiscuirme en tropes; si alguna situación con alguien se iba poniendo delicada o insinuaba un bonche, me abría el parche. No sé si por este comportamiento cobarde los pelaos de la unidad empezaron a decirle a Ramirito que así fuera más chiquito que yo, me podía cascar. Vos fijo cascás al Chino, le decían delante de mí y yo esquivaba la mirada, ignoraba la situación, porque si decía que no, de pronto me tocaba comprobarlo, y si decía que sí, manifestaba yo mismo mi cobardía y falta de carácter, una doble humillación que no estaba dispuesto a patrocinarse. Bien o mal terminaba huyéndole al tema, buscándole el chiste. En esa época era un deporte imaginar las peleas de los manes grandes de la unidad, ¿Cómo será un bonche entre Pingua y Umaña?, Gana Pingua, ¿Y entre Mánimal y Agonia?, Gana Mánimal sobrado, Creo que José Jairo levanta a Manolo, ¿Y entre José Jairo y Pingua?, Pingua toda la vida, Juango sí los levanta a todos, Pero porque está loco ese hijueputa, y así los mejores carteles de boxeo callejero pasaban por nuestras mentes sin sospechar que algún día estaríamos en el ring. Porque cada tanto, cuando pasaban días y días sin acción, sin peleas a correa entre los grandes y los padres de familia, o contra los celadores, o a piedra contra los estudiantes del Pascual o el Liceo Antioqueño, el aire se avinagraba, los grandes se llenaban de sevicia y les daba por poner a pelear a los más pelaos, Hay que irlos preparando para la guerra, decían. Ahora pienso que no podíamos vivir sin la adrenalina del tropel, lo que explotaba afuera en las calles se repetía a una escala de juguete en la unidad. Y entonces nos azuzaban, Ramirito, usted casca al Chino, usted a ese man lo casca.

Para mi angustia, el pelao se empezó a tragar el cuento. Olí fitear mi miedo se fue armando de seguridad y valentía. Era un mulato cabezón con poco pelo



como carne molida mal esparcida por la cabeza, con algunos calvos y una frente enorme que parecía calvicie prematura, pero apenas tenía doce años, dos menos que yo. Su hermano Eduard era un misterio, famoso porque un día borracho salió con una motosierra asustando a todo el mundo en la unidad, a mí no me tocó pero decían que era loco, tal vez simplemente tenía una teja corrida, yo lo veía como un man que no se le arrugaba a nada y podía cascar a dos de la misma edad al mismo tiempo. Eso sí me tocó verlo. Pero Eduard era de los grandes y era muy difícil que los grandes nos diéran, si Pingua no me casó el día que por error le dije Pingüi no había nada que temer, a mí me daba susto era de Ramirito, que era un vecino sin ley, una plaga, necio como un diablo y atravesado, un Eduard chiquito. Recuerdo una semana de diciembre en que el hombre estrenó lunes, martes, miércoles y jueves. Cada día un pantalón nuevo, una camisa nueva y dos pares de zapatos nuevos que turnaba. El viernes, cansado y orgulloso de haber estrenado tantos días seguidos, el hombre volvió al lujo y a la comodidad de vestirse como siempre, de camisetita descosida, pantaloneta desvaída, tenis sin medias, y salió “grasa”, como dicen en Argentina. Afuera los grandes se la montaron, que cómo así que estrena todos los días menos el viernes, entonces Ramirito se entró para la casa y volvió a salir con uno de los pantalones y una de las camisas que se había estrenado en la semana, combinándolas para no repetir muda. Todo elegante pero con ganas de cambiar y enmugrarse. Era un pelao que prendía empujado, por eso poco a poco me hice a la idea de que, así lo tratara de evitar por diferentes medios, en algún momento me iba a tocar darme puños con él. Era eso o convertirme en la burla eterna de los dioses, y las diosas.

El domingo que me levantaron el castigo, después de la jornada futbolera, estábamos en un arbolado dentro de la unidad y por la actitud de Ramirito me di cuenta de que lo habían preparado, era el día elegido para que me cascara, su botín de lujo, levantar a uno más grande para probar finura. Estaba sentado en un tronco cuando me empezaron a decir vainas, Qué va, Dejen de batanar, No chimben más, respondía con un nudo en el estómago; en un punto muerto alguien dijo como dando una orden, ¡Desen pues par de gonoreas! Miré a Ramirito y no sé por qué hoy lo veo tan nítido, lanzando ganchos al aire como en calentamiento antes de la pelea, ¡Pelea, pelea!, gritó Umaña, su manager. Me paré lentamente, con una parsimonia que a mí contrincante le debió haber parecido eterna y me fui poniendo de pie con las manos abiertas en las rodillas, inclinándome hacia adelante, como diciendo, A ver pues qué es la cosa, pero callado, Uy, ¿va a peliar?, murmuró algún incrédulo. Ramirito me esperaba con las manos empuñadas, parado de medio lado. Me acerqué y sin ningún tipo de técnica o antesala le metí un puñetazo en el centro de la cara. Lo reventé de una, la sangre se le vino por la nariz y se agachó como atontado, como si se le hubiera caído un dije de oro. Por esos años alguien me había dicho que el que pegaba primero pegaba dos veces, o ganaba, o algo así. La gente gritaba y animaba, Ramirito, que sollozaba furioso con la bamba llena de sangre, agarró una tabla que había en la manga con unos clavos oxidados salidos en desorden. A mí me ofrecieron otra tabla del mismo arrume, pero salí corriendo y me resguardé en la portería

de los carros mientras Ramirito blandía el tablón amenazante. Alguien le dijo, Venga pelee como hombre, a puño, usted lo casca, Es a puño parcero, venga pues, le insistió otro. Volvimos al ruedo, el pelao ya tenía la sangre seca en las fosas nasales, las lágrimas secas a medio camino, una pasta bamba acumulada en las comisuras de los labios. Retomamos la pelea como cansados, dudosos, ninguno mandaba puños ni se le iba encima al otro para revolverlo, era como una danza circular, ridícula. De repente Ramirito se puso a llorar y casi al tiempo yo también me empuñé desahogando la presión; envueltos en llanto nos abrazamos y apretujé su humanidad antes temida contra mi existencia como si solo así pudiera salvarme. No, miré estos malparidos, decía la gente decepcionada, otros se reían, Déjelos, déjelos ya.

Luego de unas semanas con las energías saneadas, sentí que Ramirito en el fondo había quedado maluco, como que le ardía esa herida en el ego a la que los grandes le exprimían gotas de mertiolate con limón, En un afesto usado ya casca al Chino, Se tiene que desquitarse, y lo cierto es que se estaba embarneciendo y a veces me miraba rayado con unos ojos distintos, cada vez más opacos y rasgados como los de Eduard. Cuando ya esperaba su venganza, como al año del bonche, la familia se tuvo que ir de la unidad y solo así pude descansar, al menos unos días mientras nos trasteábamos para el apartamento que habían desocupado, un primer piso que mi mamá siempre quiso. Obvio me correspondió la que era su habitación. Transformado, mi temor ahora era que regresara por lo suyo como un fantasma que atraviesa paredes, una pesadilla que no terminó hasta que fuimos nosotros quienes abandonamos la unidad. ©



DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

– Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

– David EufRASIO Guzmán

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– Andrés Delgado

– María Isabel Naranjo

– Andrea Aldana

– Juan Fernando Ramírez

– Simón Murillo

ASISTENCIA EJECUTIVA

– Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

CORRECCIÓN DE TEXTOS

– Gloria Estrada

DISTRIBUCIÓN

– La Pájara, Gustavo y Didier

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 110 - Septiembre 2019

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com



DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

En la otra tierra prometida

por ANTONIO UNGAR

Ilustración: Cachorro

1 **E**stamos sentados a ambos lados de una mesita enclenque, en el corazón del miserable barrio de Shjonat Hatikva. La brisa fresca de otoño agita el pelo teñido de rubio de Jenny y mueve también los tenderetes del viejo mercado. En Shjonat Hatikva duermen, trabajan y comen casi todos los inmigrantes ilegales de la ciudad de Tel Aviv. Aquí se vende además más de la mitad de la droga y en sus calles se ofrecen casi todas las prostitutas callejeras de la ciudad. Son las tres de la tarde. Jenny y yo tomamos cerveza. Ya nos hemos visto otras veces. Me ha hablado de su infancia, de su hija, se ha quejado en todos los tonos de esta sociedad en la que, según ella, el que no es judío no tiene derechos.

Jenny nació en Apía, un pueblito cerca de la ciudad de Pereira, en los Andes colombianos. Es un paisaje de colinas verdes, haciendas de la época colonial, caballos, pueblos con tejados de barro rojo. Cuando Jenny tenía cinco años mataron a su papá a cuchilladas, en el billar de uno de esos pueblos de apariencia bucólica. Desprotegidas, sin un centavo, su mamá, ella y dos hermanas menores huyeron a Pereira.

En la ciudad su mamá trabajó lavando pisos en un hospital, primero, y vendiendo dulces en la calle, después. Jenny, siendo la mayor de tres hermanas, no pudo estudiar el bachillerato. Vendió dulces en las esquinas del centro de Pereira hasta que tuvo catorce años. Entonces, una noche de viernes, un hombre le ofreció dinero a cambio de sexo. Más dinero del que haría en una semana vendiendo dulces. Jenny aceptó, entre asqueada y temerosa del pecado. Ese hombre le contó a otro hombre su hazaña y así poco a poco Jenny se fue haciendo prostituta. A pesar de todas las advertencias y las peleas, la segunda hermana de Jenny, Patricia, también se volvió prostituta, primero en una discoteca en Pereira y después en Ecuador, en los balnearios turísticos de la Costa Pacífica.

2 **A**ntes de venir a Israel Jenny trabajó siempre en la misma calle del centro de Pereira. En esa calle hizo el dinero para criar a su hija, que ahora tiene ocho años. En esa calle conoció a su mejor amiga, Marcela. Nos interrumpe un mesero ofreciendo comida. Jenny lo saluda de beso y le pide la segunda cerveza para los dos. Después sigue hablando de Colombia. “Lo único raro que pasaba en esa vida era cuando aparecía un narco con ganas de fiesta, con ganas de comerse a una puta callejera y no a una modelito. Nos íbamos juntas las tres a las fincas de los narcos. Marcela, Patricia y yo. Patricia había vuelto de Ecuador al poco tiempo de irse. Las de los narcos son fincas con piscinas, tragos caros, mucha comida. Les servíamos toda la tarde y toda la noche. A veces hasta un fin de semana completo. Y volvíamos con la plata del mes entero”.

Una noche, en una fiesta de esas, el amigo de un narcotraficante le preguntó a Jenny si le gustaría irse para a Europa. Le dijo que dependía de ella: que si se animaba la podía poner a trabajar en Rusia o en Israel. Jenny llamó a su amiga Marcela y le oyeron la historia al hombre, que tenía acento español. Decía que la cosa era muy sencilla: les conseguían la visa de turista y las montaban en un avión. En el país de destino las estaría esperando alguien de la organización que las llevaría al puticlub. Les dio risa esa palabra, puticlub. Él les explicó que un puticlub es un bar muy grande, en una autopista, con *show de striptease*, trago y putas. Con los primeros meses de trabajo se pagaban el pasaje. De ahí en adelante todo era ganancia. Les dijo que se lo pensarán y les dejó un número de teléfono.

3 **E**l 15 de marzo de 2003 Jenny, Marcela y Patricia esperaban en una sala del aeropuerto El Dorado, en Bogotá. Habían viajado nueve horas en bus desde Pereira. Después de media hora de espera llegó uno de los emisarios del hombre que había propuesto el negocio. Dijo que había surgido un pequeño inconveniente, una cosa menor: no habían logrado que las autoridades israelíes les autorizaran entrar directamente a ese país. Tendrían que llegar a Egipto para desde ahí seguir en carro, unas cuatro o cinco horas, hasta Tel Aviv. “¿No me digan que se van a perder cuatro mil dólares al mes por no montar en un carro unas horas?”, dijo el hombre cuando vio caras de duda.

Las otras dos miraron a Jenny y ella decidió que ya no había marcha atrás. Que no se subirían a un bus para volver a Pereira derrotadas. “Esa fue la palabra que pensé: derrotadas. Qué idiota que fui. Si solo pudiera devolver el tiempo”. El vuelo no tuvo contratiempos. Miraron las nubes, las montañas desde el cielo. Pidieron whisky. Hablaron de cuánto iban a extrañar la familia, la comida, la música. Jenny lloró pensando en su hija. Su hermana y su amiga le dijeron que con toda esa plata irían a visitarla una vez al año por lo menos y que además había quedado en las mejores manos.

Cambiaron de avión en Madrid sin contratiempos. A las siete de la mañana el segundo avión aterrizó en El Cairo. Los sellos que el hombre había mandado a poner en sus pasaportes en Pereira surtieron efecto y la policía las dejó pasar sin problema. Notaron que los hombres las miraban mucho; comentaron que si la cosa iba a ser igual en Tel Aviv, el dinero estaba asegurado. En la zona de espera estaban parados dos tipos muy delgados, altos, muy parecidos entre sí, ambos con bigote. Mostraban letteros con los nombres de las tres mujeres. No las saludaron. Las llevaron hasta una camioneta 4X4.

Jenny interrumpe el relato cuando termina la segunda cerveza. Se desvía con los brazos arriba, me sonrío

coquetamente y me dice que vayamos al único parque que hay en esa zona de Tel Aviv y que está a pocas calles.

4

En la camioneta, atravesando El Cairo, uno de los hombres les dio una botella de agua a cada una y les explicó por señas que el viaje se demoraría unas ocho horas y que se desviarían de la carretera principal durante cuatro horas para pasar la frontera alejados de los controles militares. Una vez pasada la frontera, una camioneta israelí las recogería para seguir. “Cuénteme más bien qué es lo que vamos a almorzar, señor don árabe, que yo no soy cuerpo glorioso”, dijo Jenny en español para hacer reír a las amigas. Por el camino las tres mujeres se maravillaron con la grandiosidad de El Cairo, con la inmensidad dorada del desierto.

Pronto salieron de la carretera principal y siguieron avanzando por un camino que se perdía entre las dunas. A las dos de la tarde se detuvieron en un palmeral en medio de la nada. Con el poco inglés de Patricia, consiguieron entender que a partir de ahí las llevaría un carro israelí. Los dos hombres armaron una tienda de tela que llevaban en la parte de atrás del carro y se sentaron a esperar. A las mujeres les dieron sánduches de almuerzo y las dejaron en el carro. Ellos comieron de contenedores metálicos y fumaron pipas de narguile.

Pasaron más de dos horas. Uno de los hombres se levantó maldiciendo y desde el carro intentó comunicarse por radiotelefono. Alguien le contestó. Muy alterado gritó y maldijo. Le colgaron o la señal se cayó. “Se puso tan bravo que de un puñetazo rompió la consola del carro y volvió maldiciendo a la carpa. Diez minutos después sonaron las aspas de los helicópteros. Volaban muy alto, eran dos helicópteros color arena. Me imagino que eran militares. Los dos tipos se metieron más en la tienda, escondiéndose. Cuando los helicópteros se fueron corrieron al carro, sacaron dos ametralladoras del baúl, nos sacaron a empellones, tiraron nuestras maletas a la arena y se fueron”.

5

“Lo primero que hicimos fue meternos en la tienda para buscar sombra. Ahí nos quedamos toda la tarde, discutiendo si debíamos seguir o devolvernos. Nos comimos lo que los tipos habían dejado. A las cinco de la mañana empezamos a caminar. En la dirección opuesta a donde creíamos que estaba El Cairo. Caminar en el desierto es como entrar en otra dimensión. Cuando uno lleva una hora parece que llevara cinco. Si no va preparado para cubrirse, lo quema el sol que está en el cielo, el que se refleja en la arena y el que brilla en el polvo que hay en el aire. Cuando llevábamos tres o cuatro horas nos dimos cuenta de que no íbamos para ninguna parte, que no había rastro de pueblos ni de casas ni del mar.

Pero seguimos. No teníamos más alternativa. Seguimos hacia donde creíamos que estaba Israel. Así nos llegó la noche. Hacía un frío tremendo. Marcela temblaba debajo de la ropa con la que nos habíamos cubierto las tres. A la mañana siguiente empezamos a caminar con la primera luz. Tres horas después Marcela se nos desmayó. Logramos revivirla con lo que quedaba del agua. Seguimos caminando, casi cargándola entre mi hermana y yo. Así todo el día, deteniéndonos solo para cubrirnos mejor del sol. Cuando ya no pudimos más nos hicimos muy juntas y nos cubrimos con la ropa y esperamos a que atardeciera. Por la noche hizo mucho frío.

Empezamos a caminar dos horas antes de que amaneciera, pero no nos sirvió de nada. A mediodía Marcela se volvió a desmayar y ya no se levantó más. Empezó a temblar y a decir palabras raras. No teníamos agua ni comida para darle. Le hicimos sombra como pudimos con la ropa, pero sudaba mucho más que nosotras. Estaba muy caliente. Como a las tres horas empezó a convulsionar y así estuvo una hora hasta que se nos murió. Mi hermana se quedó paralizada del miedo y le dije que nos largáramos. Que teníamos que encontrar a alguien. Como ella no se paraba, yo me puse como loca y le pegué patadas y puños hasta me siguió”.

Jenny interrumpe su relato y se voltea para que no le vea la cara. Está llorando. Lloro todo el camino hasta el parque. Nos sentamos en una banca. “Esa noche la pasamos las dos muy abrazadas, cubiertas de ropa. Le dije a mi hermanita que tal vez estábamos dando vueltas, que tal vez no habíamos avanzado. También le dije que por lo menos si nos moríamos, nos moriríamos juntas”. En el prado del parque están sentadas las familias de aquellos a quienes los israelíes llaman trabajadores temporales. Israel solamente otorga permisos de residencia permanentes a judíos. Los permisos de trabajo limitados son otorgados para oficios específicos (sobre todo limpieza, cuidado de ancianos, construcción) y tienen una validez máxima de cinco años.

Desde nuestra banca, bajo la sombra de un gran cedro, podemos ver a los africanos y a los latinoamericanos y a los filipinos aprovechando al máximo el sábado, día de descanso en Israel. “Por la tarde de ese día se me murió mi hermanita”. Jenny me saca de la contemplación con ese golpe. “No convulsionó ni tembló como Marcela. Se cayó bajando de una duna. Como si se hubieran pegado un tiro. Ahí se quedó, con la carita medio enterrada en la arena. Ya llevábamos casi tres días sin comer y sin beber. La miré, intenté arrastrarla de los brazos. No pude. Estuve como cinco minutos mirándola, mirando su cuerpiño. Y ahí sentí que me poseía una fuerza más grande que yo. Yo creo que fue mi Dios, porque lo que vi en el sol fue la carita de mi hija sonriendo”.



6

“Le pedí a mi Dios que no me dejara morir. Que me hiciera aguantar. Por mi hija. Me repetí mil veces que si me moría mi hija y mi hermana menor iban a acabar de putas como yo. Después de tres horas todo se puso blanco y pensé que yo también me había muerto. Era una sensación tranquila, sin dolor ni preocupación. Me desperté en el hospital Wolfson, aquí en Tel Aviv. Mi habitación estaba llena de periodistas y cámaras. Salí en los noticieros. Hasta me asignaron una médica que era judía argentina y hablaba español. La médica me explicó que cuando estuviera curada, la policía me llevaría al aeropuerto para deportarme, porque no tenía documentación legal para estar en Israel. La médica me dijo también que el hospital había intentado comunicarse con la embajada colombiana, para ver si se podía hacer algo con mi situación migratoria. Pero allí no habían querido saber nada de ese escándalo. Gracias a esa doctora, que hizo de traductora, pude contarles a los periodistas que mi hermana y Marcela se habían muerto en el desierto”. La noticia fue reproducida por las agencias internacionales y al final el escándalo fue tan grande que la embajada colombiana tuvo que colaborar con el ejército

de Israel en la búsqueda de los cuerpos y tuvo que cubrir también los gastos de la repatriación de los cadáveres. “Como debe ser”, sentencia Jenny.

“La doctora también me regaló plata para hablar con mi casa en Pereira, con mi mamá que lloraba mucho por la muerte de mi hermana, y con mi hija, que me contó del colegio y me dijo que me quería”. La tarde avanza entre las copas de los árboles. Empieza a hacer frío. El parque se va vaciando. Se nos acerca un niño filipino de unos tres años que corre detrás de una pelota. Jenny le devuelve la pelota y le sonrío. Aparece la mamá del niño, mira a Jenny de arriba abajo y se lleva al niño. Jenny se ríe con desprecio. “Ya estoy acostumbrada a esa mirada. Yo creo que todas las mujeres son putas de corazón, sobre todo las casadas. Como les da miedo aceptarlo, pues nos discriminan a las que somos putas de frente. Y además todas creen que les vamos a quitar los maridos”.

Nos quedamos callados cinco minutos mirando el cielo, que se ha puesto rojizo. Jenny sigue con su relato. “Ocho días después de estar ingresada, yo ya me conocía bien las escaleras, los ascensores, las salidas del hospital. Dos horas antes del traslado entré al baño

compartido con la habitación de al lado, salí por la otra habitación sin mirar atrás y me les perdí. Lo primero que hice fue venirme para acá. A pie, siguiendo solo mi instinto. Como si pudiera oler donde estaban las putas. Salí del hospital a las diez de la mañana y a las doce ya estaba aquí en Shjonat Hatikva. No sabía nada de hebreo, no sabía nada de nada. Y sin embargo mi Dios me volvió a favorecer porque fui a parar esa misma noche a una cafetería de colombianos. La cafetería Don Delicioso. La dueña es una paisana que también fue puta en su juventud.

Me reconoció el noticiero. Me dijo que no tenían trabajo para darme, pero que me podía prestar mil *shekels* (trescientos dólares). Me los dio así, porque sí, sin condiciones. Yo me puse a llorar de la emoción. Esa señora me salvó la vida. Lo que hice con la plata fue alquilar una pieza aquí en el barrio y guardar doscientos *shekels* para una emergencia. Ya tenía asegurada la cama. Ahora era cuestión de conseguir la comida. ¿Qué más iba a hacer sino lo que sé, lo que he hecho desde que tengo catorce años? Pues eso. Poco a poco fui encontrando las mejores esquinas, conociendo a otras latinoamericanas, sabiendo qué hacer con la policía, aprendiendo

algunas palabritas necesarias, entendiendo cómo funciona el negocio en este barrio”.

7

Jenny detiene su relato. Suspira largamente. Me dice que vayamos a su calle. Ya casi empieza a trabajar y tiene que cambiarse. Un mes después de hecho el préstamo pudo devolverle los mil *shekels* a su benefactora, en promedio cada año envía unos tres mil dólares a su casa en Pereira. Dice que tiene amigas pero que no son colombianas. Las colombianas en Shjonat Hatikva no son de fiar, dice, porque están muy metidas con heroína y en sus palabras “una heroinómana traiciona hasta a la mamá”. Sus amigas son las búlgaras y las brasileñas.

Me dice también que sus clientes se reparten entre judíos blancos, judíos árabes y árabes musulmanes, “aunque a los que más les gustan las putas en este país es a los judíos religiosos: entre más ortodoxos más putaños”. Esa sentencia desconcertante de Jenny me la confirma más tarde Nechama Birger, médica voluntaria en el Centro de Atención a Prostitutas Adictas, una ONG que trabaja en el corazón del barrio. Aproximadamente el cuarenta por ciento de los clientes de las prostitutas en Israel son judíos ultraortodoxos. “La vida sexual en esas comunidades es tan controlada y restringida que algunos de sus miembros buscan a las prostitutas: eso hace que sean también el tercer colectivo más vulnerable al sida, después de los drogadictos y de las prostitutas, y por encima de los presos”.

Le pregunto a Jenny si ha podido viajar mientras ha estado aquí. Me dice que no. Que toda la plata que ha tenido se la ha mandado a la familia. Que su hija ya hizo la primera comunión en Pereira con una fiesta por todo lo alto, como manda la tradición. Y que su hermana menor está haciendo un curso de secretariado en un instituto privado. Que ella paga todo. “Pero claro que me voy a dar mi paseito antes de volver. Quiero ir a Belén, en donde nació nuestro señor Jesucristo, y a Jerusalén, en donde resucitó. ¿No ve que yo también soy una resucitada?”, dice con una sonrisa que quiere ser coqueta pero lleva en el fondo una tristeza muy larga.

Subimos a su pieza. Está en un tercer piso sin ascensor. En la pared tiene pegadas más de diez fotos de su hija, incluida la de la primera comunión. Tiene también fotos de su mamá y de su hermana menor. Hay además un afiche con la imagen de Cristo y un calendario en español. Todo sobre una mesa con una estufa eléctrica, ollas, platos, vasos y cubiertos. Al lado está la puerta del baño. Frente al muro de las fotos hay una larga cortina negra, que empieza en el marco de la puerta de entrada y parte la pieza en dos. Del otro lado de la cortina están la cama, un espejo, una mesa de noche y una ventana minúscula que da al mercado.

Jenny se sienta en la cama. Saca la billetera del bolso y me muestra una foto en la que ella y dos mujeres muy jóvenes, muy bellas, posan en bikini junto a un caballo. Se alcanza a ver una piscina detrás, y más lejos, colinas sembradas de café. “Son Marcela y mi hermanita. En una fiesta de narcos, en Pereira. Siempre las tengo cerca”. Después yo me quedo del otro lado de la cortina, mientras ella acaba de ponerse su uniforme de trabajo. Sale diez minutos después con tacones muy altos, minifalda, labios rojos. Mientras bajamos le pregunto si se quiere quedar a vivir ahí, en Israel. Se ríe en voz alta. Me dice que está loca, pero no tanto. Da el primer paso sobre el andén ya oscuro. Se gira todavía sonriente y me dice, “En todo caso el pasaje de vuelta va a ser por cuenta de los israelíes, cuando me deporten”.

Mi primera comunión

por RICARDO CARVAJAL V.

Fotografía: Archivo familiar

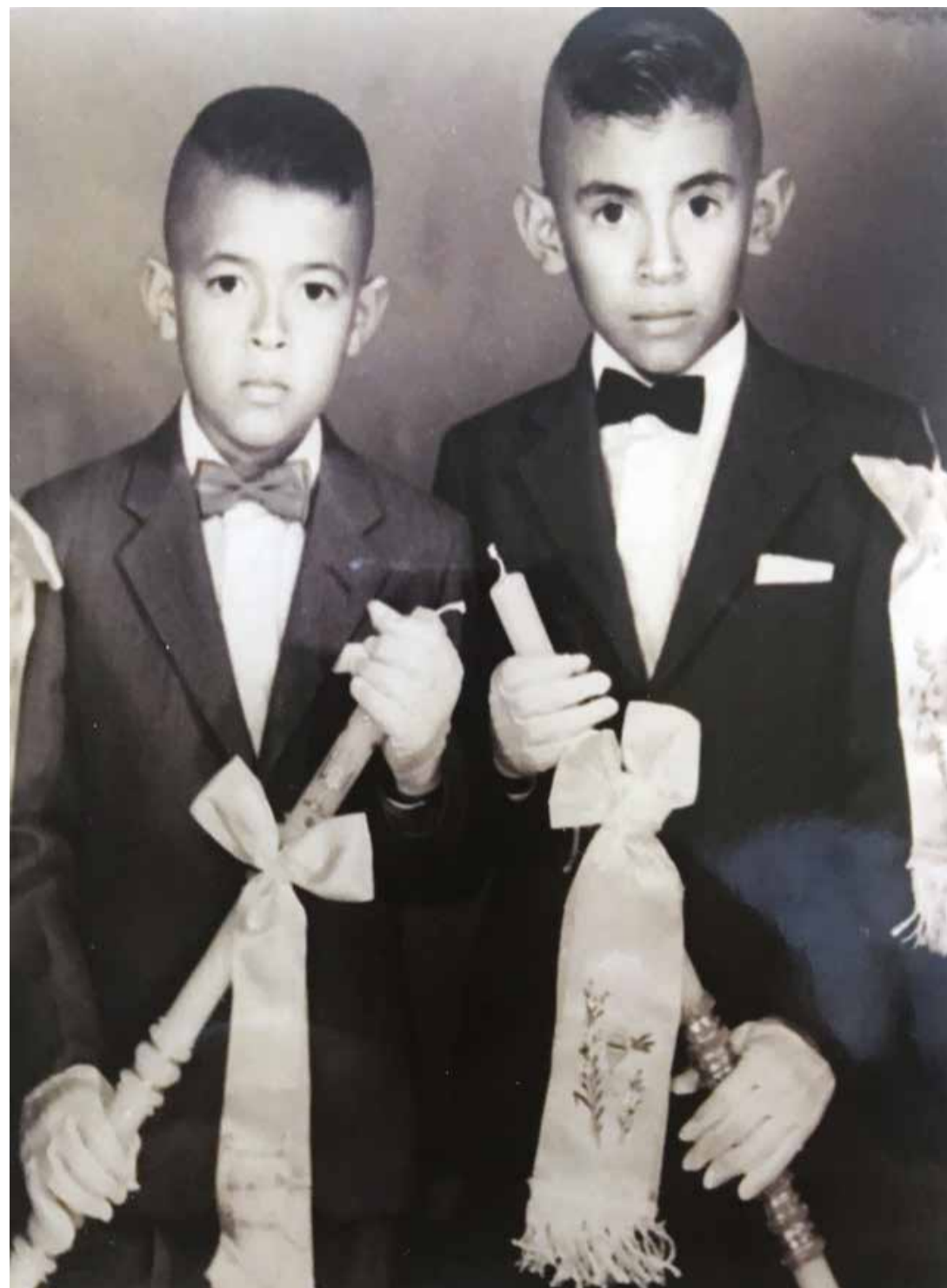
El día de mi primera comunión me levanté un poco aburrido, traumatizado por la peluquera a la que nos obligó mi padre a mi hermano y a mí para que recibiéramos al Señor “como es debido”. Él, que había trabajado en Barrancabermeja para la Tropical Oil Company, más conocida como “la Troco”, era un ferviente admirador de los gringos que laboraban y vivían en los campamentos cuidadosamente separados de los colombianos. Y aunque los gringos siempre los trataron como personas de segunda clase en su propia tierra, mi padre hubiera dado cualquier cosa para que sus hijos tuvieran el porte y la gallardía de esos monos ojiazules, así que le ordenó al peluquero: “Mótilelos a lo americano”. Mi hermano y yo no supimos de qué se trataba hasta que nos miramos al espejo y vimos nuestras cabezas casi peladas. Solo quedaba una pequeña sombra de pelo en la parte superior y un diminuto copete encima de la frente. De mis ojos rodaron dos inmensas lágrimas que se fundieron con los crespos que quedaban sobre la capa blanca con que nos cubría el peluquero. Luego de que nos untaran piedra alumbre en el cuello para la irritación, nos bajamos de la silla y caminamos callados hasta la casa, maldiciendo por dentro a nuestro padre y a don Cipriano, el peluquero. Tal vez por esas maldiciones tuve la sensación de haber recibido mi primera comunión en pecado, pero ya no había tiempo para confesiones, así que empecé a organizarme para asistir a la misa donde otros treinta niños esperaban ansiosos a que el Señor entrara en sus corazones.

Por el lado del vestuario tampoco nos fue muy bien aunque mi padre insistía en que debíamos vernos como unos dandis. Un mes atrás nos había llevado a Everfit para que nos confeccionaran vestidos de paño con camisa blanca de cuello duro, corbatín y guantes blancos, y le había ordenado a un hermano suyo, zapatero, que nos fabricara unos zapatos de puro cuero y con suela volada para rematar. Nosotros, que hasta ese momento solo habíamos vestido pantalón corto y tenis, o zapatitos Panam de caucho, nos sentíamos como envueltos en un paquete en el que difícilmente podíamos movernos.

La ceremonia fue extenuante. Con el agravante de que salimos de la casa sin tomar una gota de agua por de ayuno de seis hora que había que guardar para poder comulgar.

La misa Tridente (llamada así por el Concilio de Trento 1545-1563) era muy diferente a la que se celebra después del Concilio Vaticano II (1962-1965), cuando se hicieron algunas reformas para atraer a los feligreses que se estaban alejando de la iglesia. En primer lugar se celebraba en latín, cosa bastante extraña: si el nuevo testamento está en griego y Jesús hablaba arameo, por qué le hablaban a Dios en latín. Lo otro es que se oficiaba de espaldas a los feligreses, aunque la iglesia dice que es para no darle la espalda a Dios, cosa que tampoco entiendo si es cierto eso de que Dios está en todas partes.

La misa comenzaba cuando el padre subía al altar precedido de los monaguillos y se echaba la bendición en latín: “In nomine patris et filii et spiritus sancti amen”... era tal vez lo único que entendíamos. “Ora pro nobis”, “Agnus Dei”, “et cum spiritu tuo”, “mea culpa”, “Kyrie eleison”, “Deo gratias”, “veni sanctificator omnipotens aeternus deus”, “per omnia saecula saeculorum”... eran frases que escuchábamos y repetíamos sin saber su significado pero con mucha devoción. La mayor parte de la misa no se entendía por el sonido deficiente de la época y por el susurro habitual de los curas, así que uno realmente no participaba, aunque se la pasaba arrodillándose, parándose y sentándose. El momento más sublime era el de la transubstanciación, es decir, el momento en que el vino y la hostia se convierten en la sangre y el cuerpo de Cristo. Todo el mundo se arrodillaba, el padre levantaba la hostia y el vino por unos segundos. Los monaguillos hacían sonar la campanilla tres veces. En ese momento se podía escuchar el aleteo de una mosca. Seguía el ritual hasta llegar a la comunión.



Me acerqué temeroso por el temor a Dios que me habían infundido siempre. Mis zapatos nuevos ya comenzaban a sacarme ampollas. Cuando el cura extendió su mano con la hostia saqué mi lengua tímidamente para recibir al Señor. Tenía un miedo terrible de morderla, era una de las prohibiciones repetidas, imaginaba al mismísimo Niño Jesús chorreando sangre en mi boca, así que le hablé contra mi paladar donde quedó pegada. Pasé el resto de la misa tratando de despegarla con mi lengua, hasta que pude tragarla más aterrizado que feliz.

Después de hora y media que duró la misa, fuimos a desayunar a la casa teniendo mucho cuidado de no manchar el vestido. A las once de la mañana con mis pies ampollados me subí al carro que le prestaron a mi padre, un Studebaker modelo 1951 en el que nos llevaría hasta la sorpresa que nos tenía reservada: conoceríamos a la Madremonte en el Cerro Nutibara. Todo iba muy bien hasta que en la subida del cerro el carro se varó y nos tocó bajarnos a empujar con esos enormes y pesados zapatos que me querían matar, y en medio de un calor que nos derretía pues el viejo insistió en que nos dejáramos el vestido para las fotos en el cerro. Como era imposible empujar hacia arriba, empujamos hacia abajo hasta lograr que el Studebaker arrancara y volvimos a casa donde los niños vecinos nos esperaban impacientes para romper la piñata que mi madre había preparado. La Madremonte quedó convertida en mito.

Pensaba que todo lo que me estaba pasando era un castigo del Señor por haber maldecido a mi padre. Así que entre frustrado, arrepentido y un poco ansioso me dispuse a abrir los regalos que los vecinos nos

habían llevado. Después de romper los enormes paquetes, dentro de los cuales nos imaginábamos los mejores regalos “de pilas” que entraban de contrabando por Cúcuta o por San Andrés, descubrimos con algo de tristeza ocho juegos de lotería en cartón, seis pirinolas, cuatro dominós de madera, dos parqués, dos cargaderas, cuatro dulzainas y una pelota de números. Cuando le mostramos a mi madre los regalos repetidos nos consoló diciendo: “No se preocupen que ya tenemos regalos para cuando los inviten a otras primeras comuniones”, lo que me hizo pensar que esos mismos regalos llevaban varios años de fiesta en fiesta, generando frustraciones y dando tranquilidad a quienes al menos tenían algo para regalar.

Pero la gota que rebozó el cáliz fue la prohibición de participar en la tumbada de la piñata que nos impuso mi madre: “La piñata es para los invitados y no para los anfitriones”, nos dijo y nos tocó limitarnos a mirar. Con mis pies ampollados y sin poder romper y gozar de la piñata, terminó para mí, el que según mi padre, sería el día más importante de nuestras vidas.

Al día siguiente le ofrecí mis ampollas al Señor y me dispuse a trabajar para lograr lo que siempre había querido: ser monaguillo de la iglesia porque me parecía que era oficiar como pequeño sacerdote. Me soñaba sirviendo de auxiliar en la misa o sacudiendo la canastilla de incienso en las procesiones o recogiendo las limosnas o cualquier cosa que pudiera agrandar al Señor, tocar la matraca o las campanas o apagar las velas de la iglesia. El sueño se fue diluyendo con el pasar de los años, cuando el alboroto de las hormonas al ver a las preciosas niñas que entraban a misa, nos invitaba a la pregunta imposible sobre el sexo de los ángeles. ☺

¡Cree tú también!



Más de 300 mil personas ya lo hicieron.

Se acercaron, creyeron y se convirtieron en asociadas de Confiar. Gracias a su compromiso, hoy todas ellas reciben beneficios que mejoran su calidad de vida y la de sus familias.

Asóciate, para que también sientas la diferencia.

La diferencia está en confiar

confiar
coop

Temporada Nacional de Conciertos
Banco de la República · 2019



Jueves 3 de octubre
THIRD COAST PERCUSSION, cuarteto de percusión (Estados Unidos)
Teatro Camilo Torres (Bloque 23, Ciudad universitaria
de la Universidad de Antioquia, calle 67 # 53 - 108)
6:30 p. m. · Entrada gratuita
Código PULEP: KLV305

Para mayor información consulta: www.banrepcultural.org/bogota/actividad-musical





Grávido río

por IGNACIO PIEDRAHÍTA

Fotografía por el autor

El mundo apunta en una dirección y por eso pensar en el futuro nos incomoda y aun atemoriza. Pero el mundo se mueve como un río, con curvas y cambiando de dirección constantemente.
Ludwig Wittgenstein

Decidí que mi próxima estación sería Mompox, con una parada intermedia en la población de El Banco, a trescientos kilómetros de Puerto Berrío, donde el Magdalena cambia por completo su naturaleza. Las cadenas montañosas que lo confinan en su parte media se desvanecen a lo lejos. La cordillera Oriental se despide torciendo al nororienté, rumbo a Venezuela, mientras que la cordillera Central va perdiendo altura en la serranía de San Lucas hasta allanarse del todo. Sin un valle que lo acune en el fondo y le señale su recorrido, el Magdalena se ve enfrentado a una gran llanura, que le sugiere a su curso mil y un caminos posibles.

El río reacciona entonces como una divinidad hindú, multiplicando sus extremidades. Cada brazo se posa sinuoso sobre la planicie tanteando su destino, buscando la mejor manera de fluir. A su lado se forman innumerables ciénagas, en las que los afluentes en ocasiones se funden y desdibujan. En toda la región, la tierra inundada le disputa la supremacía a la tierra seca.

Usualmente los ríos se abren de esta manera cuando intuyen la cercanía del mar. Los diferentes brazos tienden a formar un gran triángulo —semejante a la cuarta letra griega, Delta—, y entran al océano dispersos y por distintas bocas. Pero no siempre el mar está ahí para recibirlos, de manera que deben recogerse de nuevo en un solo cauce y seguir recorriendo hasta encontrarlo.

A este fenómeno natural de gran belleza se le llama delta interior, y es lo que ocurre al Magdalena en esa parte de su trayecto. Durante cien kilómetros, a partir de El Banco, corre fragmentado hasta que sus brazos se congregan de nuevo aguas abajo de la población de Magangué. Le ocurre también al Níger, en la región anterior a la ciudad de Tombuctú, en Malí, así como al Nilo Blanco, en Sudán del Sur, donde forma los míticos pantanos del Sudd. En Colombia, a esta región del Magdalena se le conoce como depresión momposina, y los brazos principales que llevan el peso de la corriente reciben los nombres de Loba

y Mompox, que nacen en la población de El Banco, justo donde ahora me encontraba.

Imaginé, en mi candidez, que a orillas de aquel puerto encontraría un bello malecón con vista a la corriente. Y que bastaría seguir la vía principal para llegar hasta allí y disfrutar de un atardecer sobre la ribera. Conduje pues, buscando esa quimera, preguntando a la gente. Pero, contrario a lo que pensaba encontrar, cada vez me internaba más en los arrabales del pueblo, hasta que llegué a un callejón de tierra sobre cuyo final se vislumbraba el río. Avancé incrédulo. A ambos costados de la vía se levantaban casas de bahareque, tabla y hojalata. Niños desnudos jugaban con tarros y botellas viejas que sobresalían a medias en los solares fangosos, olorosos a cieno podrido.

Una vez junto al río bajé del automóvil y respiré profundo. Debieron pasar unos minutos para asimilar semejante pobreza, que sin embargo el río acoge. Varios mototaxistas esperaban el desembarco de los pasajeros de un ferri que se acercaba a lo lejos. Por las precarias condiciones del lugar, costaba creer que aquel fuera el acceso a un puerto de comunicación municipal.

—¿Va a atravesar en el carro? —me preguntó el representante en tierra de la embarcación.

La ruta del ferri conectaba con la vía que lleva a las poblaciones de Barranco y San Martín de Loba. Pero yo quería continuar mi viaje por la carretera principal hacia Mompox. Agradecí la atención de aquel hombre y caminé sobre la orilla durante un corto tramo.

Al final de la playa de arena oscura una mujer atendía su pequeña chaza. Todos sus productos cabían en una especie de maletín de madera, un muestrario de golosinas baratas. También ofrecía café negro envasado en termos y le pedí uno.

Quería observar el río, pero no podía apartar la mirada de la mujer y de su hija de unos nueve años. La belleza de sus rostros me cautivó. La madre tenía una piel de tono marrón oscuro y embrujador que me llevó de inmediato a las historias de las *Mil y una noches*. Con quizá 35 años, ya sería algo mayor para las veladas persas de muchachas núbiles, pero bien podía pertenecerle. Su cabello comenzaba a teñirse de blanco y lucía en sus sienes de una manera que parecía seguir las líneas de la corriente del río.

Fue ella quien me señaló, con recatada paciencia y aun con alegría contenida, los brazos

en los que se divide el río a partir de ese punto. A la izquierda estaban el de Loba y otro menor que pronto se le unía, y a la derecha, el de Mompox. Ambos podían recibir el nombre de río Magdalena, como dos caras de una personalidad escindida. El Mompox, sereno y predecible, era el señor Hyde, de Stevenson, mientras que Loba, cambiante y rufián, era su doctor Jekyll. Solamente unos cien kilómetros más adelante volvían a conciliarse en un solo cauce, aguas abajo de la población de Magangué, para seguir rumbo al mar Caribe.

La mujer le dio una orden cariñosa a la niña para que se bajara de su asiento y me invitó a ocuparlo. Aunque en un primer momento rechacé el ofrecimiento al ver los ojos almendrados de la niña, finalmente acepté la cortesía de la madre. La silla se caía a pedazos, con su pasta quebrada por el calor del sol y remendada con alambre, pero se sentía como un verdadero lugar de honor. El café tenía un sabor único. Era dulce a la manera tradicional, y terroso como el río.

El ferri se acercaba. Era una embarcación en forma de planchón en la que venían un automóvil y una docena de motos, y quizá unas treinta o cuarenta personas. Algunos de los que bajaron se acercaron a la chaza. Me levanté mientras tanto y caminé hasta la misma orilla del río, más lodoso que arenoso. Me pareció estar completamente rodeado de agua, cuyo color café le agregaba a la imagen un elemento de tierra diluida.

Era allí donde a mi juicio debía estar aquel malecón de hermosa arquitectura, desde donde los habitantes del pueblo pudieran observar la partida y llegada de los viajeros, así como la separación en brazos del gran Magdalena. Pero no, todo en el puerto era pobreza y desdén hacia el río, y sin embargo una humildad prodigiosa de las gentes. Cuando los clientes se fueron, volví por un poco más de café donde la mujer y su hija.

A cada sorbo de mi taza y, seguramente por obra de aquella compañía femenina, me iba adentrando en mi imaginación. Antiguas preguntas asomaron en mi mente: ¿por qué no se llena el mar con tanta agua? ¿De dónde resultaba siempre agua disponible en la cima de las montañas? Les hice esas preguntas a mis anfitrionas y ambas sonrieron. Yo también sonreí y permanecimos en un agradable silencio durante un rato, tocados a veces por una brisa sutil.

Dos mil años atrás, el filósofo Séneca resumía en sus *Cuestiones naturales* las cinco ideas que había en ese momento acerca de cómo el agua del mar nutría de nuevo los nacimientos de los ríos. La primera decía que esta volvía por caminos escondidos a la parte alta de las montañas. En el recorrido se iba filtrando y perdía su salinidad, hasta llegar a los nacimientos sobre las cimas. La segunda, que los manantiales eran simplemente engendrados por las lluvias, recogidas como por una esponja en el seno de la tierra. La tercera, que los ríos surgían de un depósito subterráneo, dulce e inmóvil. La cuarta, que el aire acumulado y estancado en cavidades profundas de la tierra estaba sometido a condiciones que lo obligan a transformarse en agua. Y, la quinta, que había una transmutación perpetua entre elementos: la tierra también podía volverse acuosa.

Si bien en las tres últimas razones hay una magia que atrae, la predilección de Séneca era por las dos primeras. De estas, la segunda es la que ahora nos parece más de acuerdo con la naturaleza del agua en la tierra. A causa del calor del sol, el océano se evapora y forma nubes. Estas nubes se mueven hacia los continentes y allí se descargan. La lluvia penetra en el suelo y lo colma hasta cierta parte por debajo de la superficie. Cuando esta agua asoma a la vista, le damos un nombre según su forma y su naturaleza. Si es un cuerpo quieto le llamamos lago, con todas sus variantes. Si surge como una corriente será un río. Lagos y ríos continúan de esta manera

más allá de sus márgenes, aunque bajo tierra. Caminamos sobre una especie de océano terrestre, que llena los poros del suelo que pisamos.

Esa agua, en su mayor parte invisible, sube y baja según las lluvias. En época húmeda su nivel se mantiene alto, mientras que durante la sequía se profundiza bajo nuestros pies. Y así los lagos y los ríos también suben y bajan, como siguiendo el ritmo de una lenta respiración.

El Magdalena, como cualquier otro río, es agua subterránea que asoma a la superficie. Mientras tanto, una sábana líquida oculta sigue acompañándolo a sus costados. También los muchos tributarios que le caen, así como las ciénagas que lo custodian, son manifestación de esa reserva subterránea.

La diferencia entre el agua del río propiamente y aquella que continúa bajo sus márgenes es que la del río corre más libremente. El líquido que sale a la superficie se entrega sin reparos a la fuerza de gravedad. Muchos ríos recorren miles de kilómetros para llegar finalmente al gran océano, solamente dejándose llevar. Mientras el hombre multiplica sus tareas buscando la cumbre del éxito, los ríos se dan a la aventura del descenso. Solo para algunos seres humanos está reservada la vana gloria —y para muchos la frustración—, mientras que todos los arroyos cumplen con creces su cometido.

En su camino, el agua de un torrente se trae consigo pedacitos de suelo y de rocas de las montañas, que en conjunto van en procesión rumbo al océano.

Sin embargo, un río nunca se sobrecarga. Lo que no puede llevar lo deja en el camino. Otras aguas se encargarán más adelante. En esto los ríos parecen estar de acuerdo con unas bellas palabras de Demócrito, otro de los primeros filósofos: “Preciso es que quien quiera tener buen ánimo no sea activo en demasía, ni privada ni públicamente, ni que emprenda acciones superiores a su capacidad natural. Debe, más bien, tener una precaución tal que, aunque el azar le impulse a más, lo rechace en su decisión y no acometa más de lo que es capaz, pues la carga adecuada es más segura que la grande”.

Los métodos del agua no solo son más seguros sino menos esforzados. Aun así, el hombre lo desestima. Cree que hay que emplearse más allá de sus capacidades, cuando entregarse es solo darse tal cual se es. Al contrario, se plantea una y otra vez la idea de quebrar sus límites, aunque en la mayoría de los casos ello solo trae consigo intranquilidad y agitación interior. Exigirse se ha vuelto un mandato en nuestra sociedad, como condición para llegar más lejos. Pero tan solo se trata de fluir, como hasta ahora ha sabido avanzar la naturaleza.

Así lo demuestran las aguas al dejar su huella en el mundo. Es tan vital y extendida su presencia que casi ningún lugar de la superficie de la Tierra ha estado exento de haber sido moldeado por ella. El agua busca un surco para correr y gracias a ese sencillo ejercicio se ha encargado de dar apariencia a la mayor parte de los paisajes de nuestro planeta:

una hendidura entre colinas bañada en el fondo por un arroyo. No importa que corra actualmente por allí, o que lo haya hecho en el pasado remoto, su huella es imborrable.

Los ríos van destruyendo las montañas y las van llevando grano a grano hasta el mar. Y es seguro que lo lograrán, en algún momento de su paso por este mundo. Solo las fuerzas interiores de la Tierra les pueden hacer frente, levantando nuevas montañas. De no ser por ellas, los paisajes que vemos serían planos. Pero los ríos no se quejan de que las cordilleras se eleven de nuevo, pues, aunque a primera vista hagan que su labor parezca inocua, en realidad les permite asegurarse la eternidad. En planetas donde su agua dejó de correr hace tiempo aún es posible observar los surcos, los valles, los caminos de sus antiguos recorridos.

Era tan exigua la cuenta de mis dos tazas de café, que el billete de más baja denominación la cubría con amplitud. No había con qué pagar esa preciosa compañía. Estoy seguro de que, sin la presencia de las dos mujeres, el río no me habría hablado de la manera que lo hizo. Como verdaderas musas, me susurraron al oído la intimidad de la corriente. No en vano se dice que, en las épocas más antiguas, las musas eran las mismas ninfas inspiradoras de las fuentes de agua. Me despedí de ellas con la debida reverencia. ☺

*Este texto hace parte del libro *Grávido Río*, Editorial Eafit, 2019.

Boston Bar Café
Cra 42 con ClI 54 • Caracas con Córdoba
Atendido por John Jaramillo, su propietario

Bebidas y comidas

UC invita al lanzamiento de

Piel de conejo
DAVID EUFRASIO GUZMÁN

El primer libro de nuestro asistente editorial, David Eufrasio Guzmán, publicado por la Editorial Eafit.

Domingo 15 de septiembre, 5 p. m., Salón Restrepo, Jardín Botánico de Medellín

PRIMER RECUERDO

por NATALIA MAYA

Ilustración: Puño

“El primer recuerdo de mi vida es de cuando tenía once meses. Sí... once meses. El de la falla a usted entonces, si el suyo apenas fue a los cuatro años”, le contesté esa vez a Pablo cuando me interrumpió. Alegaba que era imposible guardar un recuerdo de una edad tan temprana. Estaba parada de espaldas al tablero y leía el ejercicio que nos había puesto el nuevo profesor. “Pablo, hágame el favor de guardar silencio. Continúe, niña”, me dijo el profe, así que proseguí:

Alguien encendió la luz de la habitación en la que yo estaba. Era una luz que venía de arriba, como del techo. Cuando sentí ese brillo directo en la cara se me encandilaron los ojos. Estaba dormida. Enseguida escuché una discusión entre dos mujeres. Una de ellas se acercó hasta donde yo estaba, que me parece era una cuna, por la manera como tuvo que agacharse para levantarme.

La luz la encendió mi madre. Eran como las once de la noche. Su amiga, que en ese entonces vivía con nosotros, se levantó de un tirón de su cama: “Ángela, por favor, no me despertés a la niña, ve que casi no la duermo, ya está cambiadita, mañana la saludás, ¿sí?”. Nada qué hacer. Mi mamá me sacó de la cuna, empecé a llorar y también me hice pipí desde el instante mismo en que me levantó en sus brazos. Esa historia me la contó su amiga pocos días después de que la recluyeran en el hospital, de esa manera fue como corroboré que era cierto ese vago recuerdo que estuvo por años en mi inconsciente.

No guardo en la memoria el olor de mi madre esa noche, supe tiempo después que era a licor. Por esa época ella le daba duro a la bebida. Seguramente aquella vez regresaba cansada de desmentir rumores y dar la pelea a mi padre con esos abogados: llegaba transida de

dolor, de ese dolor que cruza de costado a costado, y se enmarca en la traición y la falta de compasión por la dignidad del otro. De ese tamaño fue la herida que mi papá le propinó a mi mamá. Esa noche, como otras tantas, me llevaba a su cama y yo lloraba hasta que las dos nos quedábamos dormidas. Casi todas las veces, ella también lloraba.

El profesor nuevo de Religión, que llegó a sustituir al que echaron en marzo por pasarse de manilargo con las alumnas, nos puso ese ejercicio de escritura para la primera clase. Y fue así, a rajatabla, dos minutos después de presentarse. No tengo claros los recuerdos de los otros compañeros, pero sí me acuerdo de la reacción de Capeto, que se paró de la silla, miró al profesor nuevo a los ojos, le dijo que a él no le daba la gana de acordarse de ningún recuerdo y salió del salón, con su caminar pausado y sin tirar la puerta.

En 1986 ya me habían echado de tres colegios. De todos por disciplina. Ese año había ido a parar al Gimnasio Tagore, el más laxo de los colegios de Medellín en esa época, y, por supuesto, el primero en la lista de los necios, como yo. Allí confluíamos tanto los que veníamos de colegios privados como los que venían de los oficiales. Dos clases

sociales que habitaban en polos opuestos de la ciudad se reunían en aquel espacio sin que se percibiera una gran diferencia. O tal vez una muy sutil, y era que cuando algunos de los compañeros se escapaban de clase por las mañanas, iban a relajarse en la piscina de algún club o en las de sus casas. Los otros, cuando lo hacían, era casi siempre para hacer una “vuelta”. En un momento de la historia, ambos se volarían para hacer las mismas cosas.

Lo de las vueltas empezaba temprano en la mañana, cuando se hacía esa exhibición de motos, que se venían picando desde la cuadra de arriba, mientras los demás observábamos sentados en los escalones de la puerta del colegio. Otras vueltas conocidas, y esas más legendarias, pasaban cuando alias Tomate llegaba al colegio perseguido por la policía y entraba a clase con los tomates pisándole los talones. Los agentes se tenían que quedar en la puerta del colegio y no se iban hasta después de las diez de la mañana, cansados de esperar que el Tomate intentara volarse. Tiempo después, pero mucho tiempo después, advirtieron que todo el primer trimestre se les había volado por el alambrado de atrás, que lindaba con el edificio Mónaco de Pablo Escobar. Para ese entonces habitado por su familia y en todo su esplendor.

No me acuerdo de alias Tomate no sé si en los dos años que estudié allí todavía estaba, tampoco tengo compañeros que me lo corroboren, todos están muertos o se perdieron por la vida, digo. Por ejemplo, el que me contó esa historia del Tomate, ya está muerto. De lo que sí me acuerdo, porque de alguna manera me marcó, es lo que pasó ese año con el profesor de Religión. Atrás conté que al otro profesor lo echaron como en marzo, en mayo contrataron al nuevo para que pusiera las notas y avanzáramos con los contenidos de la materia. Al menos eso fue lo que dijo Álvaro, el director del colegio, cuando lo presenté.

Eramos once en el salón: nueve hombres y dos mujeres. Lorena y yo. Ella venía de Envigado, iba muy poco a clase, aunque asistía con regularidad al colegio. Una vez recuerdo que regresó muy bronceada. Según nos contó, había estado en San Andrés con unos amigos. Todos los días de esa semana estrené tenis Reebok, cada día un color diferente: rojos, azules, amarillos, blancos y rosados, que iban a juego con la mochila del mismo color. Aunque dichas combinaciones no le cuadraban con el uniforme del colegio, poco le importaba, se sentía dichosa por haber conocido el mar y por la cantidad de regalos que le habían dado en ese paseo. Lo que no se supo fue si llegó enamorada, nunca lo mencionó. Esa vez faltó como dos semanas a clase, les traje de a paquete de Snickers a cada uno de los profesores. La última vez que la vi fue como a mitad de año, no volvió al colegio. Hubo quienes comentaron que estaba embarazada, otros que se había ido para la USA cargada. Muchos años después, alguien que la conocía de Envigado me contó que la habían matado. Dejó una niña como de seis años.

Lorena ya no estaba cuando llegó el profesor nuevo. Era yo sola con nueve compañeros. No pasó nada extraordinario en esos dos meses que no hubo clase de Religión, algunos nos quedábamos en el salón, otros se escapaban y no volvían hasta el otro día. De pronto una vez sí pasó algo, aunque tengo el recuerdo

brumoso. En esos espacios de tiempo vacíos, sin profesor y sin clase, una vez vi a Capeto aspirar cocaína sobre el pupitre, hacía cada línea con el carné del colegio y luego las esnifaba sin aspavientos ni premura. Estábamos en sexto, en ese entonces yo tendría unos trece años, y él como diecisiete. Para la clase siguiente, que era Sociales y que dictaba una profesora Silvia, a la que le decían Chimbía —nunca supe si porque jodía mucho o porque estaba muy chimba—, Capeto se dedicó a flirtearla y a hacerle cumplidos, que a ella no parecían gustarle, estaba como nunca de atento y parlanchín. Esa vez fui testigo de que le pusieron cinco porque sí. Aunque a él casi todos los profesores le ponían buenas notas porque sí.

Aparte del ejercicio del recuerdo, las clases con el profesor de Religión quedaban un poco como en el aire. A veces llegaba al salón y nos pedía que abriéramos la Biblia en el Evangelio de san Juan, capítulo 8, versículos 1-11, por ejemplo. Media hora después se aparecía con una Coca-Cola en una mano y un cigarrillo en la otra, “¿Qué dice, pues, el Evangelio de san Lucas?”, nos preguntaba. Otras veces nos decía que leyéramos el Evangelio que quisiéramos y que luego vendría a preguntar. Nunca volvía.

“Cuánto, cuánto pide”, escuché que le dijo Pablo al Topo. El profesor de Religión había salido del salón y estaba parado en las escaleritas que conducían al sótano. Uno a uno, por lista, nos hacía llamar.

“Hey, préstame cinco lucas que mañana te las pago”, “Cape, a mí también, mañana arreglamos”, le decían algunos de mis compañeros a Capeto, que como ellos mismos decían, “Era el más ganado del salón y del colegio”. Y sí que lo era, porque los profesores lo respetaban, tal vez ya nunca sepa cuál era su alias, ni qué fue de su vida, si es que todavía vive. Conmigo siempre fue cariñoso, alguna vez que me lo encontré en una Feria de las Flores en la Setenta, dejó a todos los amigos con los que tiraba voladores y emborrachaba un caballo con aguardiente, y se acercó para saludarme.

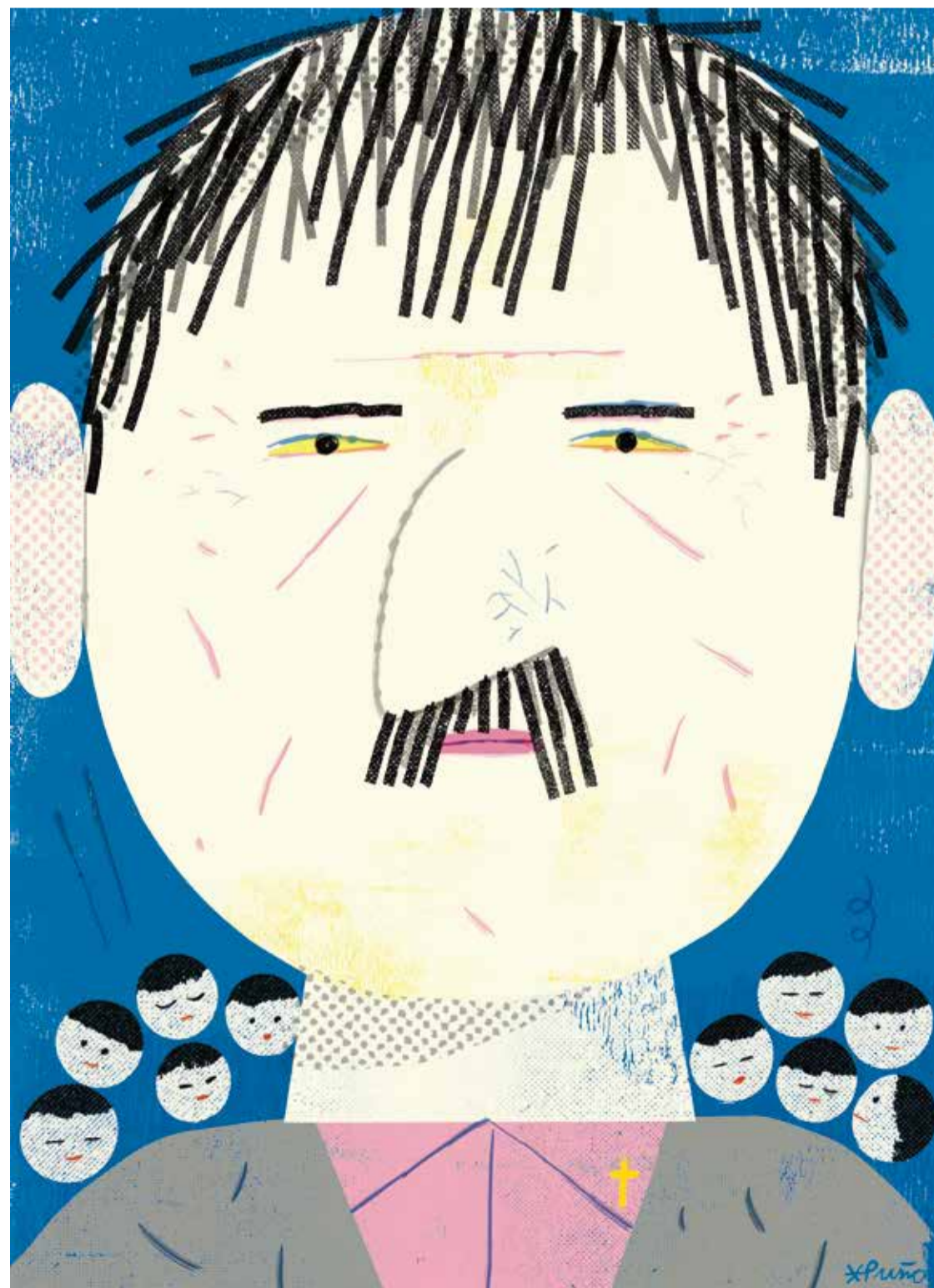
“Miamor, venga yo le doy pa que ligue a ese man y ganemos el año los dos”, me dijo Capeto esa mañana en el colegio. Y era que hasta ese momento todavía no captaba lo que estaba pasando. Cuando por fin lo entendí, el profe ya iba en la L, seguía yo. Bajé las escalas del sótano con susto, todavía no podía creer que fuera a ser testigo de semejante acto. Cuando me le acerqué al profe, agachó un poco la cabeza, bajó el tono de la voz y me preguntó, como a los otros, que con cuánto le iba a colaborar. Le alcancé a percibir cierto tufo a alcohol y cigarrillo. Tenía los labios muy delgados, una nariz aguilera de cuyas aletas se asomaban unas venitas azules diminutas que formaban ramificaciones y unos ojos tan pequeños, que no parecía que tuvieran más de diez milímetros de diámetro. El cabello negro lacio le caía en una especie de capul sobre la frente. Me quedé mirándolo, no miento cuando digo que su rostro pareció sonrojarse. Recuerdo que no me sentí indignada, eso sería después, porque en ese momento me pareció estar frente al hombre más miserable del mundo. “No tengo plata”. “Muy bien, puede irse”, me respondió, y pude ver que anotaba algo en la planilla.

Perdí Religión. Debía quedarme para habilitar con otro profesor, porque al corrupto también lo echaron. Fue la única del salón que se quedó para habilitar esa materia. Nunca pensé en denunciarlo, no sé si alguien lo hizo. Entre los compañeros acordamos no hacerlo, porque si lo delatábamos, todos tendríamos que habilitar la materia, y a algunos hasta les daba perdido el año. Desde esa época tuve claro que podría llegar a ser cualquier cosa en la vida: sería bandida, puta, borracha y desalmada, maleva y mentirosa..., pero nunca vendida, sapa, ni lagarta. Los directivos no mencionaron el tema del profesor de Religión, se rumoró que lo echaron por borracho.

No fui el día de la habilitación. Si tuviera que dar una excusa razonable para explicar mi ausencia, no la tendría. O tal vez sea que no quiero recordarlo. Esa noche volví a la casa tarde: le temía al regaño. Cuando llegué mi mamá ya lo sabía, la llamaron del colegio para informarle que no me presenté a la habilitación, que me darían otra oportunidad y no me iban a echar, pero que tendría que repetir el año.

Las luces de la casa estaban apagadas. Con cautela entré a su habitación. Me acerqué a su cama, me quité los zapatos y busqué resguardo a su lado. Ella no dio indicios de estar despierta. A pesar de eso, me le acerqué al oído y le susurré: “Mami... perdí el año”. Pasaron tal vez diez minutos antes de que diera media vuelta y con la mirada perdida en el techo, me contestara: “Qué se va a hacer, hija”. Las dos nos quedamos un rato largo en silencio. Antes de caer dormida, pasé mi brazo alrededor suyo. Para ese momento de nuestras vidas, ya ninguna de las dos lloraba. ©

*Este texto hace parte del libro *Los otros siempre tienen la razón*, Rey Naranjo Editores, 2019.



af
Alliance Française
Medellín



VIVE LA CULTURA
AMA EL FRANCÉS

¡Aprende francés, el idioma
de las oportunidades!

Sedes: Aguacatala | C.C. Molinos | Centro | 444 2620 | 316 448 9149
Consulta nuestra programación cultural en: medellin.alianzafrancesa.org.co

itaca

Somos itinerantes,
llegamos a tu casa.

(+57) 320 790 89 77
@restaurante.itaca
Carrera 42 # 54-49

Gastronomía personalizada,
embutidos artesanales.

Surco Records
tienda de discos
discos nuevos y usados,
varios géneros musicales
a diferentes precios.

Calle 33 66B-142 (cerca de la glorieta de Bulerías)
tel: 2653283

Iceberg masivo

Las imágenes que acompañan este texto fueron hechas por el fotógrafo Juan Fernando Ospina a lo largo de varios años, aunque son solo una pequeñísima fracción de su archivo; apenas el ápice que sobresale por fuera del agua de un iceberg masivo y voluminoso que se extiende hacia todos lados y está lleno de aristas.

Se trata de un trabajo que empezó al final de la década de los ochenta y ha continuado hasta hoy. No es broma: una de estas fotos fue tomada hace un par de meses, pero comparte de igual a igual con otra de hace seis años, y con otra de hace quince, y con otra de hace treinta, como la de la mujer y el edificio Coltejer, una fotografía que fue una suerte de ícono local cuando la vimos por primera vez con los ojos impresionables de los noventa, a pesar de que para entonces ya habíamos visto tanto.

Todas estas imágenes, en el buen sentido de la palabra, se parecen. O mejor: están ligadas por una estética similar —la calle como un gran estudio fotográfico, rebotante de personajes y utilería real— y representan una búsqueda sistemática y serial del fotógrafo que se ha pasado la vida reconociendo y señalando la belleza a menudo confusa y rara que producen los ecosistemas humanos que llamamos ciudades. De ahí que un chicle opaco de esmog estampado contra el aviso rasgado de una turbia sala de masajes pueda ser retratado de una manera tan gozosa.

Estas fotos, junto al grueso del archivo, comienzan a formar parte de las colecciones que salvaguarda la Biblioteca Pública Piloto de Medellín en la Torre de la Memoria, el lugar donde se conserva buena parte del patrimonio fotográfico de la ciudad.



IMPRESOS COMERCIALES LA PATRIA

Celebra con Universo Centro



UC 01 - Noviembre de 2008



UC 110 - Septiembre de 2019

11 años,

110 ediciones de Universo Centro
impresas en **LA PATRIA**

Desde nuestro primer número hemos trabajado al lado de los amigos y aliados de la división de Impresos Comerciales de La Patria. Es allí, en las rotativas de Manizales, donde nuestro periódico empieza a dejar la mejor impresión.

La Patria y Universo Centro, once años juntos. (2008 – 2019)

CONTACTOS
MANIZALES

Carrera 20 #46-35 • Teléfono: (6) 878 17 16 • Celular 320 727 3632
E-mail: impresoscomerciales@lapatria.com

IMPRESOS COMERCIALES
LA PATRIA

Impresión de periódicos, libros, revistas, publicocomerciales • Producción de cajas plegadizas



Paraninfo, recinto de amadas presencias.
Ágora de vida, ideas y libertad



Cuarta entrega de la serie *Medellín lado B*. Una bravuconada del alcalde de Nueva York en 1988, una amenaza contra una ciudad curtida por los estallidos. Algo de risa para apaciguar el drama.

Bombardear a Medellín

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO



El Mundo, 5 de abril de 1988. Archivo Universidad de Antioquia.

El lunes 4 de abril de 1988 saldría al aire en el noticiero matutino de Caracol Radio, 6 a. m. 9 a. m., la entrevista que sostuvieron sus periodistas con Ed Koch, el entonces alcalde de Nueva York, conocido por ser tan adepto a las polémicas gratuitas como a las políticas duras, por lo que él mismo se tildaba de manera irónica como un “*liberal with sanity*”, o sea un “liberal con sentido común”, y a quien la revista *Time* había definido así: “Si Nueva York es un taxi, Ed Koch es su conductor: de mal genio, beligerante, dogmático, hablador, protector, franco y, posiblemente, loco. Por lo general, acelera y, a veces, conduce por la acera. Sus enemigos, según él, son estúpidos. A todos los que están al alcance de su voz, les pregunta: ¿Cómo me va? Dos de cada tres neoyorquinos le responden que bien”. La entrevista la había arreglado el alcalde electo de Bogotá, Andrés Pastrana, quien, en visita de cortesía a Nueva York, un día antes había convencido a Ed Koch para que, en 1989, realizaran en esa ciudad la primera conferencia internacional de alcaldes, que versaría sobre el tráfico de drogas y sus posibles soluciones. Y sería precisamente con una posible solución para ese problema global, acaso la más intransigente, que finalizaría Ed Koch su primera respuesta a la larga entrevista de nueve preguntas radiada por Caracol: “Si ustedes nos solicitan que les prestemos personal militar para bombardear a los narcotraficantes de la droga, yo estaría dispuesto a decir que sí. Si ustedes nos piden que les enviemos tanques de guerra para invadir a esa ciudad, ¿cómo es que se llama...?

Medellín, yo diría también que sí”. Al día siguiente, martes 5 de abril de 1988, haciendo énfasis en esa explosiva respuesta, tanto *El Mundo* como *El Tiempo* publicarían la transcripción de la entrevista bajo estos titulares: “Estoy de acuerdo con bombardear a Medellín” y “Apoyaría invasión de E.U. a Medellín” respectivamente. Titulares que pasarían inadvertidos en ambas portadas, porque estas y las del resto de periódicos del país se las robaba la masacre de Mejor Esquina, en Córdoba, la primera cometida por los paramilitares comandados por alias Rambo, o sea por Fidel Castaño, en la región Caribe colombiana, dejando un saldo de 28 campesinos muertos.

Un día después, el miércoles 6 de abril de 1988, *El Espectador*, en una noticia titulada “Lo de bombardear a Medellín es algo folclórico”, recogería las palabras del alcalde de Medellín, William Jaramillo Gómez, con respecto a las de Koch: “Creo que aquello hace parte del folclor de la campaña electoral del señor Koch para su reelección como alcalde de Nueva York. Él siempre ha sido bastante lengüisuelo y en esta ocasión se tomó atribuciones que son competencia del presidente de la república, muy posiblemente por la situación que tiene en Nueva York en relación con el consumo de droga, porque tal como lo dijo la revista *Time* hace varias semanas, la batalla contra el consumo se está perdiendo particularmente en esa capital, en donde el sitio denominado ‘Jamaica’ se ha convertido en el mayor dolor de cabeza de Koch. Lo demás es puro folclor”.

A propósito de *Time*, como si el narcotráfico hubiera hermanado a ambas

capitales, la del mundo y la de Antioquia, curiosamente quince días antes, el 21 de marzo de 1988, esa revista también se había ocupado de Medellín en un artículo titulado “*Welcome to Medellín, coke capital of the world*”. Allí, entre otras cosas, se decía lo siguiente: “Conocida localmente como la ciudad de la eterna primavera por su suave clima de montaña, se ha convertido en la ciudad de la eterna violencia, con más de 3000 personas asesinadas el año pasado, y una tasa de homicidios unas cinco veces superior a la de Nueva York y, probablemente, la más alta del mundo... Medellín es tan peligrosa que el consulado de los Estados Unidos fue cerrado en 1981 por razones de seguridad. La DEA, por su parte, retiró a sus empleados en 1984, y hace dos meses el Departamento de Estado lanzó un aviso advirtiendo a los estadounidenses no visitar esa ciudad”. Aviso que saldría a la luz inmediatamente después del magnicidio del procurador Carlos Mauro Hoyos, quien, tras haber sido secuestrado en el aeropuerto José María Córdova, sería asesinado de tres disparos por alias Popeye en una finca del oriente antioqueño. Hoyos había emitido días antes una orden de investigación sobre la liberación de Jorge Luis Ochoa, que, por un recurso de *habeas corpus*, había recuperado su libertad después de pasar 27 días a la sombra, en los que estuvo respaldado por la siguiente amenaza del cartel de Medellín que publicaría, por ejemplo, *El Colombiano*: “Si extraditan a Jorge Luis Ochoa declaramos la guerra total y absoluta contra los líderes políticos del país. Ejecutaremos a los principales

jefes de los partidos políticos”. “Esa liberación repentina —escribiría *Time* en su artículo sobre Medellín— enfureció a la Administración Reagan”. Y también había enfurecido a Ed Koch, y así lo haría saber en la referida entrevista con Caracol Radio: “Lo que más me desagradó, lo que más me molestó, fue cuando su sistema judicial permitió la salida de la cárcel de uno de los mayores traficantes de drogas, cuando nosotros les habíamos pedido que lo extraditaran”. Lo había molestado tanto que, días después de que *Time* sacara a la luz su artículo sobre Medellín, declarándola la capital mundial de la coca, Ed Koch publicaría en *The New York Times* una página, pagada de su bolsillo, contra Colombia, pidiendo que se cortara la ayuda de Estados Unidos a ese país. ¿Cuánto le costó esa publicación? Le preguntaron los periodistas de Caracol Radio. “Once mil dólares”, respondería Koch.

Un día después, el jueves 7 de abril de 1988, Al Donado, caricaturista de *El Espectador*, transformaría las palabras del alcalde de Medellín con respecto a las de Ed Koch, a saber, “Lo de bombardear a Medellín es puro folclor”, en una especie de meme, en el que Koch aparece de ruana y sombrero sosteniendo una bomba típica de historieta mientras exclama: “Pongo las bombas y me los pongo de ruana”. Además, el pie de meme, jugando con el heterónimo de la bacteria que causa la tuberculosis y su homónimo vacilar, o sea minimizando el asunto, restándole importancia a las declaraciones del alcalde de Nueva York, sería “El bacilo de Koch”.

Ese mismo jueves 7 de abril, en su tradicional sección de opinión “Ecos y comentarios”, bajo el irónico título “La genial propuesta de Koch”, *El Colombiano* por fin se ocuparía del tema: “Otra vez habló el alcalde Koch de Nueva York. Lo había hecho para pedir que se cortara toda ayuda económica a Colombia. Ahora lo hace para ofrecer bombas para lanzarlas sobre Medellín. Pero si somos más lógicos que políticos, porque él está siendo político y lo que busca es perpetuarse en la alcaldía de la ciudad de los rascacielos, deberíamos pedir que las bombas se lanzaran más bien sobre los consumidores que viven en varias urbes norteamericanas, especialmente en Nueva York, la capital del crac y de muchas otras cosas... Nueva York no es un dechado de virtudes. Hay mucha gente buena, como también la hay en Medellín, pero abundan los vicios y la criminalidad. Una bombita eliminaría no solo a los drogadictos y borrachitos sino a los homosexuales, al propio alcalde Koch, a los usureros, a los lavadores y atracadores”. Luego de destilar su inveterada homofobia, *El Colombiano*, en la siguiente página, la 5A, le daría continuidad a la anterior opinión a través de una caricatura firmada por Ricky, en donde una Estatua de la Libertad poseída por el espíritu de Ed Koch, además de estar fumándose un bazuco, difiere en dos simbolismos con respecto a la original: en lugar de la tablilla de las leyes que tiene grabada la fecha de la firma de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, sostiene una

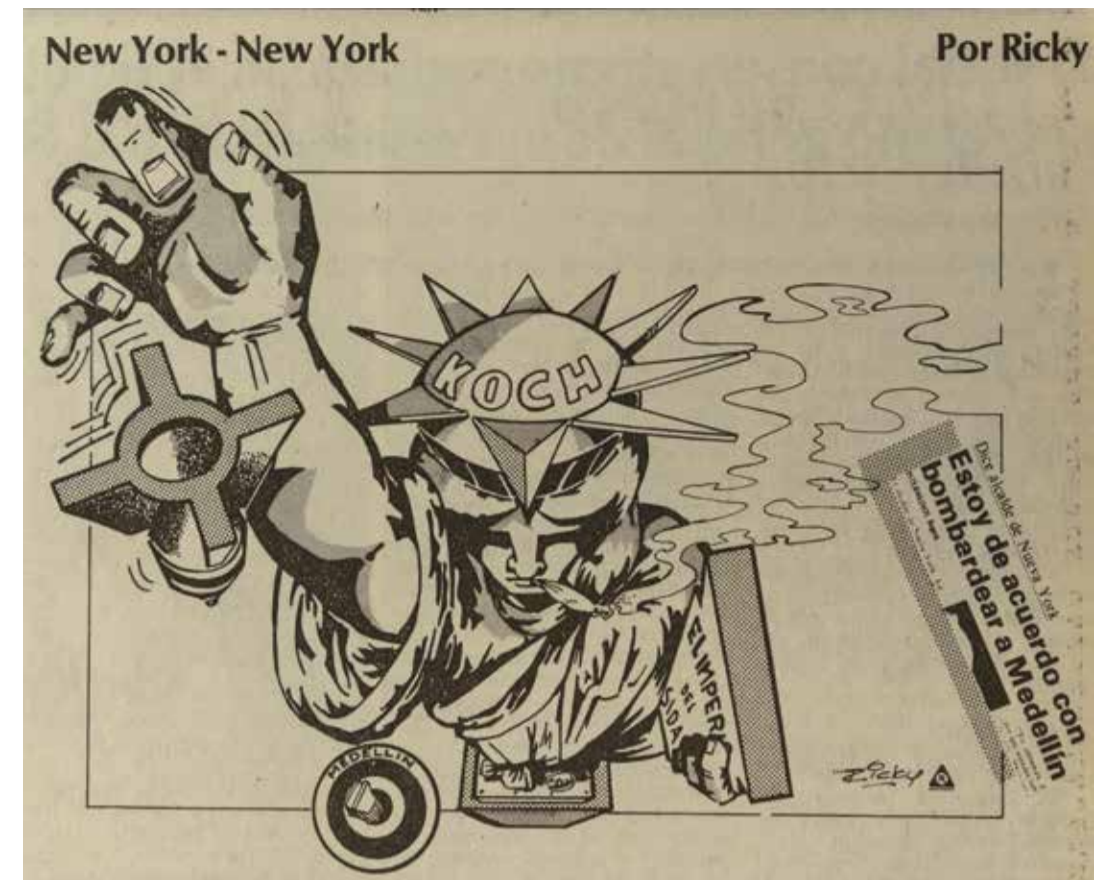


El Espectador, 7 de abril de 1988. Archivo Universidad de Antioquia.

que dice “Imperio del sida”, y en lugar de la antorcha encendida que remite al Siglo de las Luces, está soltando una bomba atómica sobre el Edificio Coltejer, corazón visible de Medellín.

Un día después, el viernes 8 de abril, *El Mundo*, en un artículo titulado “¿Y al alcalde de Nueva York quién lo ronda?”, remarcaría estas palabras: “Cuando el alcalde Ed Koch, entre la ignorancia y la fanfarronada, habla de invadir y bombardear a Medellín, tal vez olvida que el crimen organizado neoyorquino ha extendido su poder de decisión a importantes sectores de los 200 mil millones de dólares que mueve esa megaeconomía urbana. Se estima que la mafia controla directamente un 15% de la actividad económica, porcentaje que bien podría duplicarse si se agregan los negocios indirectos”.

Dos días después, el domingo 10 de abril, *El Colombiano* volvería a la carga a través de una columna satírica de Jaime Jaramillo Panesso titulada “Loco: ¡bombardear a Medellín!”: “...El señor Koch habla tamaño barbaridad porque no conoce a los colombianos y menos a los antioqueños. Ni mancos que fuéramos... ¿Se imaginan ustedes al posado alcalde de Nueva York desembarcando de un portaviones por los lados de Turbo, con las botas puestas y su R-15, con un enorme estandarte a sus espaldas proclamando su cruzada conquistadora en nombre de la iglesia presbiteriana o de alguna secta mormona, dando declaraciones para la CBS? ¿Se imaginan ustedes al gordito ese con su morral lleno de agente naranja descendiendo en paracaídas sobre el Barrio Antioquia, o sobre El Poblado, dizque presto a fumigar todos los solares y jardines de la prestante comuna? Quizás los vientos le hagan perder precisión en el salto y caiga entonces por los lados del parque de Envisgado, en donde, después de un emocionante grito a lo Tarzán, tome posesión en nombre de su majestad Ronald Reagan. Bastaría que le salga el espanto de Fernando González para que el paranoico señor Koch corra por la Loma del Chocho y allí lo rescate un helicóptero. Antes de alejarse bien podría la ciudadanía de ese municipio regalarle un baretto para que vuele bien alto”.



El Colombiano, 7 de abril de 1988. Archivo Universidad de Antioquia.

Finalmente, al día siguiente, lunes 11 de abril, *El Colombiano* cerraría el asunto en sus páginas para siempre con una columna de Miguel Zapata titulada “El gringo feo”: “Ed Koch, alcalde de Nueva York, sería prototipo para un libro que años atrás interesó al continente. Se llama *El Gringo Feo*. Es la crítica a ciertos personajes antipáticos de Estados Unidos que suelen complacerse asustando latinoamericanos. Parecen del barro de Teodoro Roosevelt, el que auspició el movimiento separatista de Panamá... Los Estados Unidos fueron más generosos con sus enemigos de hace medio siglo que con países que estuvieron a su lado. El plan Marshall permitió que Alemania e Italia se repusieran de modo que actualmente tienen postrado al mismísimo dólar. La actividad de MacArthur culminó dando a los súbditos de Hirohito el poder terrenal en proporción igual al que tenían en lo espiritual. A los países suramericanos, en cambio, les exige sumisión sin recompensa. Es la actitud actual frente a Colombia”.

Posdata 1: Lo que no sabía Ed Koch es que Medellín a la sazón ya estaba siendo bombardeada. Ese abril de 1988, por ejemplo, explotarían once bombas en esa ciudad, incluyendo una contra una sinagoga en El Poblado, otra contra la sede del Hare Krishna y una más contra el Colombo Americano. Y en general, desde el 13 de enero de 1988, día de la bomba contra el edificio Mónaco que iniciaría la guerra abierta entre los carteles de Medellín y Cali, hasta el 2 de diciembre de 1993, cuando sería abatido Pablo Escobar, en la capital de la eterna primavera explotarían 184 bombas.

Posdata 2: Un año después, en abril de 1989, en “Company Town”, polémico artículo de la revista *Rolling Stone* que sería amenazado de demanda por Juan Gómez Martínez, por entonces alcalde de Medellín, se informaría que la mafia de esa ciudad no se había cruzado de brazos ante las amenazas de Ed Koch: “En Nueva York, en octubre pasado, los agentes de la DEA arrestaron a tres sicarios, presuntamente en una misión de asesinato contra el alcalde Ed Koch. Posteriormente, se dijo que

otro nombre en la lista negra del cartel de Medellín era el del gobernador Mario Cuomo, quien, como Koch, había llamado la atención prometiendo ser duro con los traficantes de drogas. Parece que los métodos que han tenido tanto éxito en Medellín ahora se están exportando a todo el mundo”. Meses más tarde, finalizando ese 1989, Ed Koch fracasaría en su intento de ser elegido por cuarta vez alcalde de Nueva York, al ser derrotado en las primarias demócratas por David Dinkins.

Posdata 3: Veintitrés años después, en enero de 2012, en una columna de *Semana* titulada “Otra vez la farsa”, Antonio Caballero recordaría el tema de bombardear a Medellín gracias a un tuit de Álvaro Uribe en el que proponía que bombardearan a las bandas criminales: “La sugerencia de Uribe recuerda la que hizo hace veinte años el alcalde de Nueva York, Ed Koch: un bombardeo de alfombra que redujera a cenizas la ciudad de Medellín para acabar así con el cartel del mismo nombre y matar a su jefe, Pablo Escobar, con lo cual se acabaría el narcotráfico. Tanto Koch en sus tiempos como Uribe ahora parecen ignorar que el negocio del narcotráfico es eso: un negocio. No depende de la actividad de un hombre como Escobar o de un grupo como los Urabeños, sino de las condiciones del mercado: de la inmensa demanda universal que genera ganancias descomunales para la oferta, concentrada en unos pocos países tropicales productores de la droga, en este caso de la cocaína. Ignorancia inexcusable en quien fue alcalde de Nueva York, que es la primera consumidora de drogas del mundo, y en quien fue presidente de Colombia, que es el primer país productor”.

Posdata 4: Un año después, el 2 de febrero de 2013, *El Tiempo* anunciaría la muerte de Ed Koch reproduciendo el siguiente obituario de Reuters: “El exalcalde de Nueva York, Ed Koch, murió a los 88 años por una falla cardíaca. Fue elogiado porque en los 70, durante su primer mandato, sacó a la ciudad de la ruina fiscal. En Colombia, por su parte, es recordado por proponer bombardear a Medellín para acabar con el narcotráfico”.



MEDELLÍN

nocturna,
subterránea
y convulsa.

¿Cómo es la ciudad que habita el archivo fotográfico de Juan Fernando Ospina?

Conversan Juan Fernando Ospina, Javier Mejía y Esteban Duperly.

Jueves 12 - 6:30 p. m.
Salón Humboldt - Jardín Botánico
Convoca: Biblioteca Pública Piloto
en el marco de Fiesta del Libro




Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros

Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com



Jorge Obando
Finca La Palestina - UPB
Fotografía
1942

*Facultad de química de la Universidad Pontificia Bolivariana en lo que hoy es la circular primera en el barrio Laureles en Medellín.

El forense



Fotografía de Pedro Emilio Morales.

por ALEJANDRA LÓPEZ GONZÁLEZ

Toda luna. Todo año. Todo día. Todo viento. Camina y pasa también. También toda sangre llega Al lugar de su quietud. Chilam Balam

El profesor Pedro Morales llega a sus clases vestido informal. Nada de corbata ni elegancias. Carga siempre su portátil y pide a su monitora que le ayude a conectarlo porque no sabe muy bien cómo funciona el *video beam*. Luego, él se encarga. Sabe exactamente dónde está cada caso y abre el archivo preciso para que sus estudiantes “miren”.

“Hoy les voy a mostrar el caso de Raúl Reyes”, dice a sus alumnos del curso de criminalística y ciencias forenses. Las fotos empiezan a pasar proyectadas en un tablero blanco de pared a pared y así, en tamaño de pantalla de cine, los alumnos empiezan a ver las imágenes de la llegada del cuerpo, envuelto en bolsas, a Medicina Legal en Bogotá. Siguiendo foto, el cadáver desnudo tendido en una camilla metálica. Siguiendo, el rostro desfigurado. Siguiendo, un pie estallado y convertido en una masa amorfa. Siguiendo, la desnudez de un cuerpo mancillado. Las fotos que muestran la diferencia entre el cuerpo humano y lo que queda de él, luego de las bombas. La certeza de que todos, tarde o temprano, terminaremos siendo un cuerpo inerte. Un montón de órganos apagados. Una masa en constante descomposición. Un silencio puro.

En el caso de Raúl Reyes, el Instituto de Medicina Legal advirtió sobre el incumplimiento de todos los protocolos y la falta de rigor en los procedimientos judiciales. El cuerpo llegó sin el acta de inspección al cadáver, sin cadena de custodia, sin lo mínimo que exige un proceso de esa naturaleza. Fue remitido sólo con un papel elaborado por la Policía Judicial del Putumayo en el que se solicitaba que se le practicara la autopsia. En sus declaraciones de entonces, Morales dijo que el afán mediático de mostrar a uno de los hombres del secretariado de las Farc acibillado primó sobre el cumplimiento de los procedimientos y esos errores que se cometieron fueron irreparables.

Pedro Emilio Morales Martínez es santandereano, tiene 67 años, seis hijos y una perra que se llama Happy, colecciona relojes y plumas, adora el bocadillo y la avena y tiene cinco hermanos con los que creció en Málaga, en donde su padre, don Emilio Morales, también médico, atendía a sus pacientes en el primer piso de su casa donde tenía el consultorio. Quizás fue ahí, en esa casa, viendo a su padre atender pacientes donde decidió matricularse en Medicina.

Estudió en la Universidad Nacional y luego se fue a la de Antioquia a especializarse en anatomía patológica. A Medellín llegó en 1980 y de esa época recuerda a los médicos que fueron sus maestros: “Personas de una sabiduría inmensa. Muy buenas. Muy justas. La esencia del antioqueño. El antioqueño más puro, más tradicional. No el paisa vivaracho, de triquiñuela, sino el trabajador. Estaba Mario Robledo Villegas, un patólogo muy importante; la doctora Constanza Díaz de Calle y el padre de la patología forense en Colombia, el maestro de todos, el doctor César Augusto Giraldo, que todavía está vivo”.

Pero de Medellín, lo que marcó su vida para siempre fue conocer a León Zuleta. El doctor Pedro llegó a esa casa del barrio Belén recomendado por amigos. Allí lo recibieron don Víctor y doña Esperanza, los padres de León. Lo acomodaron en una habitación al fondo de un patio en donde solo había un catre metálico y una biblioteca hecha con tablas y ladrillos. “Poesía, literatura, filosofía, historia. No había un libro que a uno no le llamara la atención. Todo era interesante. Estaba, por ejemplo, la poesía de Pasolini, que es extraño que alguien la tenga. Los fines de semana leí algunos, pero traté de no desordenar. Era la habitación de León y aquellos eran sus libros”. Los días que durmió en esa casa, el doctor Morales jamás se topó con León. Pero un día llegó al Departamento de Patología un señor vestido de blanco, con el pelo tinto, muy mono preguntando por él: “Quiero conocer al hombre que compartió mi lecho”, le dijo. Y así se hicieron amigos y se siguieron la pista hasta que León fue asesinado.

“Me siento un ser embrionario que, como larva naciente, busca un sentido

de ser mariposa pero no tiene la fuerza para el reto de serlo ni la iluminación de su reto”, escribió León Zuleta a su ángel de la guarda “compañía alada y luminosa”, días antes de ser acuchillado.

Casi en su honor, el doctor Morales y un grupo de gente de Medicina Legal dieron la pelea para que en Colombia se hiciera un tratamiento diverso para la comunidad LGBTI, pues cuando llegó a trabajar ahí, los homosexuales debían pasar por procedimientos salvajes para que se les certificara el cambio de sexo: “Les tomaban fotos, les hacían análisis siquiátricos, físicos, todo muy extenuante, muy terrible, muy violatorio de su forma de pensar”. Pero no solo debían someterse a esos exámenes perversos, en esa época los homicidios de homosexuales o travestis (LGBTI era todavía un abecedario incomprensible) se consideraban “crímenes pasionales”, hasta evolucionar al concepto de “crímenes de odio” después de las marchas de calle y las caminadas de juzgado de muchos. Lo mismo pasaba con las mujeres. Cuando un hombre mataba a una mujer, se decía que era “un crimen por celotipia”. Hoy se habla de feminicidio.

Pedro Morales vivió en Medellín tres años y luego volvió a Bogotá. A Medicina Legal llegó el 20 de enero de 1988, siendo ministro de Justicia Enrique Low Murtra, asesinado tres años después. Luego ejerció como patólogo forense, director de la regional Bogotá, subdirector de investigación científica y subdirector de servicios forenses.

Desde que entró a la morgue tenía claro que Colombia era un país salvaje, donde la gente se despedaza. Llegó en pleno auge de los carteles y del narcotráfico puro y duro. Y quizás, por coincidencias del destino, estuvo frente a casos tan emblemáticos como el de Álvaro Gómez Hurtado, Carlos Pizarro, la bomba del avión de Avianca, la del DAS, la de la calle 93 con 15 y la del barrio Quirigua... “un crimen atroz. Puras mamás y niños de un barrio popular”. Eran tiempos de horror, de cuerpos para titulares de prensa y para simple olvido. De hecho, muchos de esos casos aún están en la impunidad. A la morgue podían llegar hasta 35 cuerpos diarios. “El peor

año fue el 93. Solo en Bogotá hubo nueve mil cadáveres”.

“El cuerpo habla”, es una de sus principales premisas. “Usted con solo ver un cuerpo puede saber infinidad de cosas. La vestimenta. Si tiene ropa de marca o no. La ropa interior. Los zapatos. Las uñas. Las joyas. El pelo. La piel. Si tiene tatuajes o no. Las cicatrices. Incluso los huesos le pueden dar pistas del tipo de trabajo que ejercía. Mirando los huesos, se puede saber, por ejemplo, si una persona era zurda o diestra, pues la clavícula derecha es más corta que la izquierda. Cuando usted abre un cuerpo, puede saber si la persona tenía alguna enfermedad. En muchos casos, uno puede ver que esa persona de todas formas se iba a morir, porque el cuerpo le dice que estaba a punto de infartarse, tenía las arterias tapadas, tenía un tumor. Puede ver si sufría del corazón, del hígado, de los riñones. Cada órgano cuenta algo. Cada cosa, cada señal, cada marca”.

El caso de Marina Montoya, hermana del secretario general del presidente Virgilio Barco, asesinada por Los Extraditables en 1991, y narrado por García Márquez en *Noticia de un secuestro*, ilustra bien esa teoría. Esa necropsia no la hizo Morales, pero vio el cuerpo y se fijó en las manos. “Eran finas, delicadas y además, las uñas estaban pintadas y muy bien cuidadas. Era una señora muy bonita. Pero lo que más me llamó la atención fue la sudadera que llevaba puesta. Era rosada y en el pecho tenía un letrero que decía ‘excitación’. Me llamó la atención que una señora de ese porte llevara una prenda de muchacha coqueta”.

El cuerpo permaneció una semana en el anfiteatro de Medicina Legal a donde fue llevado luego de su hallazgo en un terreno baldío de la calle 193 con carreras 39 y 40 al norte de Bogotá. Como no fue reconocido, lo trasladaron al cementerio del sur, el mismo al que ese día habían llevado los cuerpos de cinco hombres y un niño, todos sin identificar, por ser el lugar dispuesto para los NN. “Ocho días después de haber visto el cadáver, abrí el periódico y leí la noticia del asesinato. Pensé ‘es la señora de la sudadera rosada’”. Así que el cuerpo fue exhumado y reconocido por sus familiares.

“Fíjense en el pene de este señor”, pide el doctor Morales a sus alumnos. Enseguida hace un zoom en la foto que está proyectando en la pantalla y muestra una pequeña protuberancia casi en la punta. Luego cuenta, que tras el análisis de varios médicos y ante la imposibilidad de identificar qué era aquello, decidieron abrirlo y encontraron que el individuo se había insertado un *piercing*. Una señal tan dicente a la hora de identificar un cuerpo como una prótesis mamaria, un diente de oro, un tornillo en una rodilla.

Por sus manos han pasado tantos cadáveres, que solo cuando se le pone el dedo en la llaga se extiende reflexionando sobre la vida y la muerte, y se atreve a hablar de temas como la muerte cerebral que, según él, es una discusión filosófica de fondo. ¿Qué muere primero, el cuerpo o el cerebro?

Una vez un médico le pidió echarle un vistazo a un paciente que había llegado a una clínica en Bogotá. “Me llegó un muerto, me dijo. Me acerqué, lo miré y le dije, la próxima vez que llegue un caso así, hay que hacerle una ventana pericárdica”. Se puso guantes y pidió un bisturí y ahí mismo hizo el procedimiento para enseñarle a su colega cómo se hacía. “Esto se hace para que no se muera el paciente”, le dijo. Y justo cuando pronunció esa frase, el hombre, que todos suponían muerto, se despertó. “Quedamos fríos. Fue un susto terrible. Quince días después, ese paciente vino a buscarme para agradecerme y me contó que él podía escuchar todo lo que le estábamos haciendo”. Cuenta la anécdota como una herramienta para explicar esa conexión entre vida y muerte. Para él, el cerebro domina todo el cuerpo, es decir, cuando muere el cerebro, muere todo lo demás. “No es que la vida se vaya sino que la muerte llega. Este es el principio de la discusión de la eutanasia. La eutanasia activa precisamente eso: hacer que la muerte llegue, no que la vida se vaya”.

Pero más allá de que el doctor Morales sea considerado el *rockstar* de los forenses colombianos, y más allá de que sea recordado por haber practicado las autopsias de figuras públicas en los últimos treinta años, su legado, su gran obsesión está en las reflexiones en torno a la memoria, a la identificación de los desaparecidos en Colombia.

En la masacre de Katynen en 1940, en Rusia, fueron asesinados alrededor de diez mil polacos entre civiles y militares. En primera instancia se pensó que los asesinatos habían sido cometidos por los nazis, pero en 2009 el gobierno ruso admitió el hallazgo de archivos en los que quedaba claro que la orden la había dado Stalin. La masacre ocurrió tras la invasión de Hitler a Polonia. El ejército rojo enterró en zanjas los cuerpos de los militares polacos con sus abrigos y sus placas. En 1942, los alemanes encontraron la fosa, desenterraron los cuerpos y crearon el “expediente básico” que consiste en el levantamiento topográfico, datos como edad, sexo, ancestro racial, inventario de huesos e inventario de elementos asociados a cada cadáver como ropa, fotos, carnés y elementos personales. Con este material crearon expedientes minuciosos que escondieron en un edificio de Cracovia, la ciudad de la leyenda del dragón de la princesa, pues era el lugar más seguro para ocultar todo aquello (con el dragón nadie se metía).

Esta historia la cuenta el profesor Morales a sus alumnos para explicar las técnicas de identificación forense más frecuentes y es como escuchar un cuento lejano, donde se habla de dragones y princesas para que todo el mundo se haga la idea de que “eso no es con nosotros”, de que “eso acá no pasa”. Pero sigue abriendo sus carpetas marcadas con el nombre de los casos que ha llevado y de esas carpetas siguen saliendo imágenes de la crueldad. Una niña asesinada cuyo cadáver fue encontrado en un basurero y que

Morales recibió, ya descompuesto, metido en una bolsa. Cuando los insectos llegan, queda apenas una masa putrefacta. Ya no hay cabeza, no hay rostro, no hay brazos ni piernas. No hay corazón. Todo se lo ha llevado el tiempo, se lo han comido los gusanos, las moscas y las larvas. Solo queda un vestigio biológico de lo que alguna vez fue una niña jugando con muñecas. ¿Qué es lo que nos hace crueles? ¿Qué es lo que hace que un ser humano le abra el pecho a otro estando vivo, y así vivo, le quiebre costilla por costilla y así, todavía vivo, lo apuñale y le saque el corazón con la mano?

Su kit de imágenes atroces está lleno de cuerpos irreconocibles. Más bien, trozos, pedazos, restos de cuerpos. Amasijos de carne. Vestigios de lo que alguna vez fueron seres humanos. Lo que queda luego de la descomposición. Y esos vestigios, esos restos, pedazos y trozos, son todos de colombianos encontrados en Cali, Medellín, Villavieja o Bogotá o en pueblos de los que nadie ha escuchado hablar jamás, en lugares recónditos del Cauca, Putumayo o Córdoba. Están por todas partes. Están en todo el país. Debajo de las carreteras. Debajo de las represas. Debajo de la hierba. Debajo de las piedras. De las escombreras. En el agua de los ríos. Están pudriéndose y entre más pase el tiempo más difícil será identificarlos. “El tiempo que pasa es la verdad que huye”, diría el criminalista Edmond Locard.

Según datos del Centro Nacional de Memoria Histórica, en Colombia hay 80 472 casos documentados de desaparición forzada. Hay 28 755 casos documentados por el Instituto de Medicina Legal; 47 674 por el Registro Único de Víctimas y 54 046 por la Fiscalía General de la Nación. Las cifras varían según quien las emite. Cada entidad, incluyendo las del Estado, tiene registros distintos. A ciencia cierta no se sabe cuál es el número real de desaparecidos en Colombia, pues las cifras no están consolidadas. Algunos expertos sugieren que pueden ser doscientas mil personas, si se tiene en cuenta la falta de registro y denuncia de muchos familiares y allegados. “Cada entidad tiene bases de datos que no comparten. Yo creo que en el fondo es para no buscarlos”, afirma Morales.

De manera que su obsesión tiene que ver con la memoria, con la posibilidad de que en Colombia las familias de los desaparecidos encuentren sus muertos y puedan enterrarlos dignamente. En sus clases, habla de la importancia de

los “ritos de pasaje”: “Los ritos de pasaje son los rituales en torno al funeral, el entierro, la cremación. Es lo que permite tener la certeza de que la persona murió, de que no está más. Y esto es lo que les arrebatan a las familias de los desaparecidos. La guerra produce desaparecidos, pero la desaparición como arma de guerra es otra cosa”.

Y explica que hay dos clases de penas. La primera consiste en castigar el cadáver más allá de la muerte, esto quiere decir desmembrarlo, exhibir sus partes para castigar determinada conducta, despedazarlo y meter la cabeza en un lado, los brazos en otro, las piernas en otro, que es lo que ocurre en Colombia. En Argentina, durante la dictadura, ponían bombas a los cadáveres para destruirlos.

La segunda, es el método que va más allá de la muerte: la desaparición forzada. “Ese método lo que pretende es el olvido. A nosotros se nos olvidan las personas y lo que pretende la desaparición forzada es justamente eso: que se nos olviden. El desaparecido desaparece socialmente porque no hay rituales, no hay una tumba que visitar y entonces genera esa sensación de que la gente dude si realmente esa persona existió o no. Es borrar a alguien del mapa”. Y recomienda leer El mito de Antígona.

El *modus operandi* de la desaparición es capturar, matar, enterrar como NN, abrir los cuerpos, llenarlos de piedras y tirarlos a los ríos, sumergirlos en ácido o en hipoclorito para que a los huesos no se les puedan realizar pruebas genéticas, cremarlos, trasladarlos, es decir sacarlos de una tumba y ponerlos en otra, hacer represas o avenidas encima de los cementerios. En Colombia, los cadáveres de desaparición forzada tienen señas de tortura como desmembramiento. Las familias suelen preguntar si el cuerpo fue desmembrado antes o después de morir y hasta hoy los forenses no han podido responder esa pregunta. La Fiscalía tiene 3400 cadáveres en repositorio; Medicina Legal, 2700 y en cementerios como el de Cocorná, Puerto Berrio o el del sur de Bogotá hay cientos de cadáveres sin identificar. Las famosas tumbas de los NN adonde fueron a parar varios de los desaparecidos del Palacio de Justicia y adonde van a parar tantos muertos.

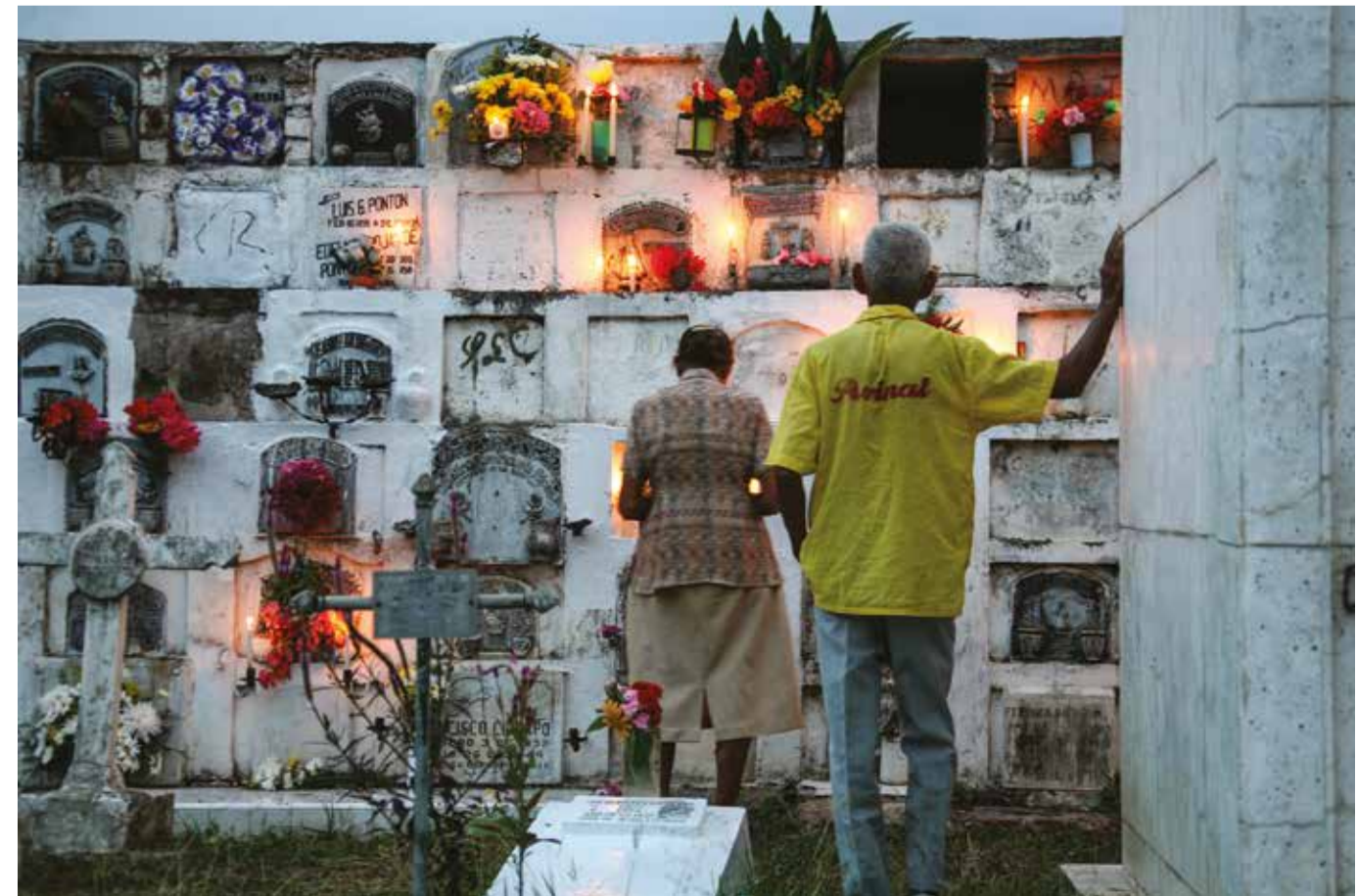
Métodos de identificación hay varios, pero en cuerpos en estado avanzado de descomposición o en tumbas de NN en donde hay restos de varios cuerpos mezclados, uno de los mecanismos

más confiables son las pruebas de ADN. Sin embargo, las familias que buscan se enfrentan con que en laboratorios privados una prueba de ADN de huesos puede costar entre cinco y siete millones de pesos y una en sangre, hasta un millón y medio o dos millones, con el agravante de que la evidencia biológica, como las muestras de semen, sangre o saliva, se pudre o se llena de hongos, y es por eso que muchas de estas muestras deben ser refrigeradas. Por eso, para muchas familias recibir así sea solo dos vértebras es una bendición.

El doctor Morales no cree en los temas esotéricos relacionados con la muerte. No cree en fantasmas, ni en el más allá ni en el karma ni en la reencarnación. Sin embargo, cuando estuvo al frente de la seccional Bogotá, construyó junto a otros funcionarios de Medicinal Legal un pequeño lugar con una imagen de la Virgen para que los familiares esperaran. “Para que tuvieran un sitio dónde rezar”, cuenta. Pero como Colombia es un país laico, se ordenó derribar ese pequeño “templo”. “Hay mitos de la muerte que no son ciertos. El primero es pensar que de acuerdo como usted viva, así va a morir. Usted puede ser el más maligno de los malignos y morir en la cama. Creo, eso sí, en la misericordia divina, que es distinto. A los muertos siempre hay que darles un trato misericordioso”.

Quizás ese trato misericordioso es lo que explica que las familias enterran a sus muertos dignamente, se preocupan porque alguien limpie el cadáver una y otra vez, como si fuera a ponerse brillante de tanto limpiarlo. Por eso adornan el cuerpo, le ponen zapatos, lo visten con las mejores ropas, lo maquillan y lo peinan. Por eso, en algunas culturas entierran a los muertos con joyas, con comida y hasta con animales (como hacían los pueblos mexicanos para que acompañaran el alma en su recorrido en el más allá). Los rituales de la muerte, tienen mucho que ver con esa misericordia de la que habla Morales.

Después de cuatro horas de clase viendo proyectadas imágenes de cuerpos tendidos en las camillas frías de la morgue, los ojos se acostumbran al horror. Al salir del salón, ese hombre que se aleja con su portátil metido en una maleta, seguirá practicando autopsias. En el aire dejará —eso sí—, casi de manera inocente, un montón de reflexiones sobre la muerte, la identidad y la memoria. En fin, sobre todo aquello de lo que no queremos hablar, y que en últimas es lo que nos hace tremendamente humanos. ☺



Fotografía de Fernando Cano Busquets.

Poemas inéditos

JOHN GALÁN CASANOVA

48 year old

48 year old:
 como un whisky ultrafino,
 como las cenizas de Jimi Hendrix,
 como un Volkswagen escarabajo,
 como una cadena perpetua,
 como un bizcocho viejo.
 48 años
 para aprender a peinarme
 y nada,
 llevo despeinado a la calvicie.
 El cerebro como un chicle demasiado masticado.
 La sonrisa atada
 al destino de la dentadura.
 48 year old:
 el pasado presente,
 el pasado presente,
 el pasado creciente,
 el pasado reciente,
 el pasado resiente.

Las patas del pato

El pato se desliza
 en el espejo del lago.
 Rutilante, impasible,
 nítido como un poema.
 ¿Y el poeta?
 Al poeta no lo vemos.
 Viene siendo
 las patas del pato
 chapaleando bajo el agua turbia.

Apartamento 105

Cada mañana
 el edificio de enfrente
 me roba el sol.
 En la tarde sus cristales
 me lo devuelven
 reflejado.
 De noche,
 si las nubes no lo impiden, durante media hora
 puedo ver la luna
 trepando sobre el penthouse.

Anacrónica

Queriendo ser moderno compuse un poema
 a los contestadores telefónicos.
 Queriendo ser moderno escribí otro
 titulado Walkman®.
 Queriendo ser moderno
 he terminado siendo anacrónico.
 Los artefactos se extinguen
 y la rosa sigue tan campante.©

*Estos poemas hacen parte del libro *Envío vers.o.s.*
 Obra reunida 1993-2018 de la editorial Letra a Letra.



El museo está en el centro, el museo está en la ciudad.



El fuego que tiembla en el cielo

por SANTIAGO RODAS

Ilustración: Titania Mejía



Julían Mesa, niño de doce años, gritaba con todas sus fuerzas, frente al monte que iba a quemar: —“¡Harto viento San Lorenzo, harto viento!”.
Jaime Jaramillo Escobar

Para mis amigos en La Loma

Era relativamente sencillo. Había que estar atento a las señales: el tamaño del fuego en la mecha, la velocidad del desplazamiento, el número de pliegos que lo conformaba y prever el lugar de la caída, ya fuera una manga, alguno de los techos de las casas del barrio o una unidad cerrada, para agarrar la candileja y ser el dueño de segunda mano. Además, se debía tener especial cuidado con el Cabezón, pues decían (nunca lo comprobé) que andaba con una patecabra encima y manejaba su Plus sin frenos por las lomas de Los Parra y Los González. Era una leyenda para los que nos dedicábamos al oficio de coger globos en diciembre, porque nos doblaba en edad y le teníamos miedo a su fama en las peleas.

Todo el año esperaba a que fuera primero de diciembre para salir desde las siete de la mañana, muchas veces descalzo, a perseguir globos durante el día entero como si no hubiese nada más en el mundo. A mi casa tan solo me asomaba para darme los tres golpes. Mis padres conocían bien mi pasión desmedida por los objetos voladores y como unos monjes budistas la aceptaban sin reparos. Había días en que regresaba a las seis de la tarde, en pantaloneta, descalzo, la cara tiznada, con un pedazo de papel doblado debajo del brazo y la sensación tranquila del deber cumplido en el estómago.

Estábamos en el final de los años noventa en esta ciudad y, pese a que me tocaron de cerca las explosiones de dos

carrosbomba, la violencia era algo que llegaba a mi barrio por la vía de los noticieros. Habitábamos en una relativa calma. Vivíamos en la mitad de El Poblado, debajo de lo que luego sería el Centro Comercial El Tesoro y muy cerca de la iglesia de La Visitación, a media cuadra de los ricos más ricos, los narcos más coronados y los políticos más mandones.

Las batallas campales por los globos se daban entre los barrios populares de El Poblado. Yo pertenecía al grupo denominado La Loma, pero también mandaban sus ejércitos a la contienda El Garabato, El Hoyo, La Chacona y El Chispero; cada uno tenía sus subgrupos y sus estrategias. La nuestra consistía en llevar espejos para atraer al globo. La técnica era sencilla y certera: se apuntaba con el espejo a la mecha encendida, el globo bajaba y se acercaba hasta quedar a un manotazo de distancia, una técnica que nunca nos defraudó aunque nunca se comprobó científicamente. Mientras más pliegos tenía el globo muchos más perseguidores se agenciaban; esos eran los momentos para tener más cuidado porque los envidiosos que no lograban agarrar la candileja aprovechaban la confusión y lo rasgaban por alguno de sus lados. En esos pogos

con música de diciembre en el fondo, se asomaban la cabeza calva del Cabezón, la mano peluda del Burro, la altura de los Flacos, la habilidad escurridiza, producto de la capoeira, de Anderson, la gordura de Checheta, entre muchos otros. Ahí en ese *maelstrom* se desencadenaban las peleas, los más grandes se amenazaban con golpizas o directamente se templaban a trompadas. Nadie se tomaba el oficio a la ligera. Era cuestión de honor ser quien agarraba el mayor número de globos.

Una noche desde mi cuadra vi caer uno a lo lejos, por Sauzalito. Con una mirada sutil les avisé a mis amigos con los que jugaba y de inmediato corrimos por la calle 1 sur, loma abajo, esquivando Toyotas y Nissans de vidrios polarizados, bajamos por la Transversal Inferior. Fuimos los únicos presentes en la caída del cojín de 32 pliegos.

El globo estaba sobre la copa un árbol de mangos dentro de una unidad cerrada. Después de discutirlo decidimos que entraríamos dos, los demás vigilarían por si aparecía alguien. Mi amigo y yo trepamos por la malla, sobrepasamos los alambres de púas y logramos llegar al otro lado. Yo escalé el árbol hasta agarrar el globo de una punta, alcancé

la candileja, luego soplé y apagué la mecha, le quité los alambres dulces sujetos a la candileja que estaban tibios todavía y escuché un grito: “¡Brolín, Brolín, se vino un celador!”. (A mí me decían Brolín porque alguien en el barrio decidió que me parecía a Tomas Brolin, jugador sueco muy recordado por su participación en el mundial de fútbol USA 94). Los dos amigos afuera de la reja se escaparon. Yo me quedé estático, frío. Abajo un celador con camisa azul apuntaba con una escopeta a mi amigo y le preguntaba con insultos y gritos qué hacía ahí metido. Mi amigo alzó la mano y me señaló, el celador vio el globo desinflado en el árbol, no le dio importancia y siguió insultando a mi amigo que no articulaba palabra. El tipo no me había visto entre el follaje. Lentamente le saqué el aire al globo, lo doblé en medio de las quejas del celador que se tranquilizaba poco a poco, lo metí bajo mi camiseta y dejé la mecha en una de las ramas. Descolgué el árbol y caminé con cuidado detrás del celador que arrastraba a mi amigo de la camiseta, luego me escondí en los parqueaderos. En la portería el celador le advirtió a mi amigo que si se volvía a meter a la unidad le iba a disparar. Yo salí después de un rato,

como si nada, por la portería principal con el globo doblado entre la camiseta, simulando ser uno de los adolescentes que vivían en esa unidad cerrada. El portero no me dijo nada. Salí triunfante. Cuando conté la historia nadie me creyó, solo el amigo al que le apuntaron con la escopeta sabía la verdad, pero no se atrevió a decirle a nadie en el barrio por miedo al castigo de sus padres.

Además de ser cazadores-recolectores también éramos productores de globos. Cavecha, el arquitecto del papel, se encargaba de los diseños y de la hechura, tenía un cuaderno cuadriculado en el que nos enseñaba las ideas y los nuevos bocetos. El más grande fue de 2048 pliegos, con una altura de más o menos veintinueve metros, dos mechas que hubo que transportar en un carrito de supermercado y la candileja hecha con varillas de hierro pegadas con soldadura. El lugar para poder soltarlo debía estar limpio de cables de luz y árboles para que el globo pudiera despegar sin problema, entonces escogimos la manga que se sitúa abajo de El Tesoro y arriba del edificio Mónica.

El día de los despegues de los globos nos reuníamos desde temprano personas de todas las edades para ayudar, pues se necesitaban más de quince asistentes de vuelo. Había que sostener cada una de las puntas para tensarlo, incluso se tenía un ventilador eléctrico para que le entrara aire y tomara forma, además, había hilos amarrados para sostenerlo en pie cuando estuviera totalmente inflado. Eran momentos de mucha tensión puesto que con cualquier error el globo podría romperse o quemarse, pero, una vez lograba despegar, la gente echaba pólvora y aplaudía y se emborrachaba como si con ese pedazo enorme de papel se fueran las penas y los desencantos de sus vidas.

Pese a todo el tiempo invertido en la cacería, tan solo pude agarrar cuatro globos. Los reciclé y los volví a tirar al cielo en el que habitaron en su estado natural. Era casi una ley, si cogías un globo había que soltarlo días después para que siguiera con su ciclo normal y otra persona lo capturara y lo volviera a soltar para que el cielo de Medellín en diciembre se mantuviera plagado de lucecitas que hacían juego con las estrellas.

Luego llegó el tiempo de la prohibición. La razón, dijeron los medios, había sido una serie de incendios por culpa de los globos en unas bodegas en el sur, un almacén en el Centro y de unas casas en el norte. Incluso, había gente contratada en las empresas para estar alerta, se paraban en los techos para vigilar día y noche que los globos no fueran a causar un incendio. En el barrio bromeábamos con dirigir nuestros globos a lugares específicos como si fueran palomas mensajeras y así causar un perjuicio a los lugares que nos disgustaban como la casa de alguna exnovia, Almacenes Ley o La Alpujarra.

Después de unos años el barrio se fue apagando poco a poco. La policía empezó a perseguir a los globeros y nosotros, bajo esas circunstancias, buscamos entretenimientos menos incendiarios. Crecimos como personas de bien, con la mecha apagada. Ya no guardábamos espejos en los bolsillos y si lo hacíamos era para mirar nuestras caras y arreglarnos los bigotes incipientes que se asomaban. Si caía un globo cerca dejábamos que la ley de la gravedad hiciera lo suyo sin inmutarnos. Era el tiempo de tomarnos en serio nuestras vidas, dejar de perseguir papeles de colores con figuras geométricas, y dedicarnos a edificar nuestras personalidades, conseguir pareja, elegir una profesión.

Algunos de mis amigos se fueron del país, otros se volvieron tatuadores, otros ejecutivos de banco, otros formaron familias, otros terminaron de porteros, otros de profesores de inglés. Sin embargo, cada vez que nos juntamos en el barrio, en algún diciembre, en medio de conversaciones más o menos adultas, con cervezas o vasos de ron con hielo en nuestras manos, alguien dice con seguridad, sin necesidad de señalar con el dedo: “Un trompito de 64, un cojinito de 32, una estrella de los de El Garabato” y todos apuntamos nuestras miradas a la lucecita que flota en el cielo, decimos sí con la cabeza, en silencio, y pareciera que cada uno de nosotros, en vez de ojos, tuviéramos pequeños espejos que apuntan a las llamas que tiemblan en el cielo y se empiezan a apagar. ©

En septiembre de 1999 abrimos nuestras puertas buscando un lugar para conversar y beber con los amigos: Una conversación que todavía no se agota.

Celebremos estos 20 años de estar en casa el 21 de septiembre desde las 5 p.m.

Conversación, música en vivo y perreo e incertidumbre.



Ciudad Café (1999-2019)

Carrera 64b #51-94

Carlos E. Restrepo

578 62 80



TODO EN DIGITAL Y VIDEO




25 Años
A SU SERVICIO




- > Cámaras Profesionales
- > Compactas
- > Lentes
- > Videocámaras
- > Iluminación
- > Accesorios

Nueva sede

CENTRO COMERCIAL SANTAFÉ
ZONA DE CINES LOCAL 5171

ABIERTO DOMINGOS Y FESTIVOS

LÍNEA ÚNICA

448 34 51
315 256 3221

CENTRO COMERCIAL EL PARQUE
Cl. 54 No. 47 - 105
Local 105

CENTRO COMERCIAL OBELISCO
Cl. 74 No. 48 - 37
Local 131

www.metrocamaras.com

Tres minutos sin aire

por JULIO CÉSAR DUQUE CARDONA

Ilustración: Elizabeth Builes



No señor, ¿cómo se le ocurre? Suponga que a usted le cortan el aire por tres minutos: en el segundo minuto no tendrá ánimos para hacerme la misma pregunta. ¿Tres días sin agua en el río? ¡Ah! ¿Sería que eso fue lo que me pasó a mí? No, no sé si reírme o llorar. Recuerdo esos años viviendo de lo que nos regalaban aquellas aguas turbias y me pregunto: ¿qué hubiera pasado si en aquella casucha de las vegas del Cauca nos hubiera faltado la comida del río durante tres días? ¿A robar? No, no se ría, ni robando es fácil conseguir la comida para cinco hermanos. Pero les iría peor a los bocachicos, que en verano suben a poner sus huevas en las aguas limpias y de pronto ¡zas!, arena, piedras, cascajo... Y yo qué hago, dónde pongo mis hijos, me dijiste que era por aquí, mamita, en las aguas claras, está cerrado el paso. No, aguanta que ya vas a llegar... Vete por la margen izquierda. Usted me dice que solo tres días, tres días con un chorrito delgadito, como si se hubiera estropeado la manguera de la tierra.

Para mí el Cauca es como un abuelo dádovos y querendón. Cada vez que paso por sus orillas me echo mil bendiciones, me mojo la cara y el pecho en sus aguas y me digo que estos huesos que al fin alcanzaron casi un metro con cincuenta centímetros se los debo a los animales del río. Porque esa agua sucia de tierra y palos, como usted dice, nos daba bocachicos en enero y bagres en septiembre; bocachicos que robábamos halando con fuerza el anzuelo. ¡Llevo! Así anunciaba papá cuando algo vivo se enredaba en su anzuelo. Y ellos boquean en la bolsa de fique con el chuzón en la barriga. Y cuando se les descama y destripa, encuentra uno esa huevamenta millonaria que apenas chisguetea en el aceite caliente. O los bagres, cuando les dejas descansar la plomada con la lombriz en el barro. El bagre es como la rata del fondo del río: aspira el piso por un lado de la jeta y por el otro expulsa el barro que no le sirve; deja lo útil en su barriga así la lombriz esté muerta. Pero si en la carnada está camuflado un anzuelo, chumbulún, el metálico enredado en sus tripas, a jalar, sí, porque tienen la fuerza de un tanque de guerra. Su carne es blanca y grasosa. Mi mamá recibía los bagres con alegría, ah, y lo bueno era ver quebrar la terrible espina que los defiende en el lomo; se necesitan manos fuertes y un alicate. El caldo grasoso y caliente se deslizaba en nuestros dedos y hasta se pueden masticar los huesos sin carne. Y así usted dice: qué importa que sequen el río por tres días. ¿Cuáles bagres piensa pescar? ¿Y cuáles bocachicos atrapar si la subienda es detenida? Y dígame dónde pondrían ellos sus huevos. ¿Sobre las piedras? No.

En luna llena cuando el río se volvía tacaño, porque los peces tenían el tragadero lleno de insectos,

papá organizaba su arma más letal: la atarraya. Se puede tirar desde la orilla siempre que te asegures de que no vaya a dar contra ninguna empalizada. En sus lianas cuadrículadas se enreda todo, especialmente la sardina que bien sabe tostada y con arepa. Lo aburrido es destriparlas porque eran cientos, y hay que quitarles las escamas una a una, que es como una piel diminuta, delgada y transparente que se pega en los dedos y hace brillar la ropa. Horas de trabajo en casa, antes de hacer las tareas de la escuela. Cuando papá tiraba la atarraya era señal de que al otro día yo no podría llevar todas las tareas. ¡Tres días sin agua! ¡Jummm! No me imagino el día en que yo pueda conocer las entrañas del río, donde viven los bagres y cazan los caimanes. Tampoco podrías pasar el río en canoa. ¡Ahhh! ¿Pero y la gente del otro lado, qué? Cuando papá quería ir a pescar doradas silbaba de alguna manera y luego venía don Jairo hasta nuestra orilla. Nos llevaba a los chorros a probar el anzuelo en los grandes charcos. Y si el agua estaba clara, pescábamos con mariposas metálicas, que contorsionan sus alas en la medida en que rozan los bordes del agua. De tirar y jalar en las noches me dolían las manos. Pero cuando se pegan son los grandes, porque tienen que dar saltos sorprendidos para atrapar la engañadora mariposa. ¡Y ahí sí había fiesta de pescado y huesos en la olla de mamá! Ella se alteraba:

—¿Vos por qué llevás ese muchacho a los charcos? Si todavía no sabe nadar. Enseñale primero a nadar.

—Hay que esperar a que crezca —contestaba él.

—¡El que vive de ilusiones muere de desengaños!

No, no se ría, yo ya tenía ocho años y no medía más de un metro. Debí ser que algún día también me quitaron el oxígeno, como usted el agua dulce a los bocachicos... Sí, ustedes, que piensan que eso no es importante en la vida. Yo crecía dos centímetros por año y, según el médico, sería solo hasta los quince, cuando se me cerraran las juntas de los huesos. "Debe practicar dos horas diarias de ejercicio. Hágallo caminar por lo menos cinco kilómetros diarios, señor, y recuerde: las tres comidas del día...". Así que caminar fue la materialización sudorosa de mi sueño de crecer. Un kilómetro y medio para ir hasta el río Cauca a buscar las tales tres comidas después de la escuela, y un kilómetro y medio para volver a casa con aquella comida en la bolsa de fique, en las tardes, cuando la luna comenzaba a reemplazar el sol. Todos los días, ir a atrapar la comida hasta que papá consiguiera un trabajo estable. En las mañanas él iba a buscar empleo al centro de Cali y yo a la escuela. Y en las tardes, conmigo a pescar. Pero si él no volvía porque había encontrado alguna venta ambulante, entonces yo debía ir a pescar, algunas veces solo o casi siempre

con el hijo de don Gonzalo, un amigo de papá. Sacábamos las lombrices del patio de mi casa y cogíamos camino. Y si era subienda o vacaciones robábamos los bocachicos al río con los anzuelos grandes, tirándoles a la suerte. ¡Llevo! Y en la época de lluvia hundíamos el anzuelo con las plomadas más pesadas para enganar a los bagres.

Con el hijo de don Gonzalo aprendí a pescar con cucarachas. Es la mejor carnada, nunca falla con las sabaletas jefes. Papá se reía a carcajadas, pero le daba asco o miedo cogerlas y mamá nos prohibía terminantemente cazar cucarachas en las alcantarillas. Es fácil: no se puede tener asco o miedo. Se les coge del medio, apretando bien las alas, pero sin destriparlas, como para que no escapen; se voltean sin dejar que sus desesperadas patas se peguen de tus dedos; molestan sus enviones como agujas. Rápidamente con la otra mano se introduce el anzuelo por debajo de la cabeza hasta el fondo del estómago. Listo. Y en el agua ellas, amarradas al chuzo metálico, despliegan las alas y parecen más grandes. Y al primer lance tienes la mejor comida del río. ¡Qué tal que nos secan el cauce, así fueran solo tres días! Creo que se acabarían las mismas cucarachas, las lombrices y hasta el charco de las doradas, como un desierto de agua.

En ese charco atrapé una vez un pez culebra. O una culebra pez. Era una hermosa cazadora con cabeza de pescado, dientes y lengua viperina, delgaducha, transparente y alegre en la cola como si el anzuelo le hiciera cosquillas. Yo iba a devolverla al agua pero papá me dijo: "También se come y es buen alimento". Y yo pensé inmediatamente, si es tan buen alimento, tal vez Dios me ha enviado con ella el secreto de crecer. Me la comí yo solo, sancochada y con toda la ceremonia de que iba a llegar el esperado milagro. Nada. Y mucho menos si ustedes secan el río. Cómo sería el asunto que ya estando grande, es decir, viejo, cuando entré a estudiar a la Universidad de Antioquia el profesor de deportes me preguntó: "¿Y vos por qué tan enano, si sos tan buen corredor?", y entonces me hizo inscribir en el restaurante gratuito de la universidad. Y hubiera crecido mucho menos, si gente como ustedes nos secan el río, así sean tres días o tres minutos, lo suficiente para cortarnos el aire, o lo que a usted le dure el oxígeno en las branquias, perdón, en los pulmones. Ya le recuerdo: ustedes construyeron un muro en el río. Entonces ahora van a comer los de arriba y los de abajo lo que sobre, así sea un chorro de agua filtrada. Eso ha pasado siempre aquí: los de arriba mandan a hacer paredes o cercas, luego se comen lo mejor, y los de abajo o los de al lado, ellos verán. Eso fue. Algo así debió haber pasado, cuando en algún momento que yo no recuerdo me cortaron el aire. ☹

MOVE

VI ANIVERSARIO MOVE

RROSE

EAUX - SANDWELL DISTRICT - FURTHER RECORDS

RROSE plays
JAMES TENNEY'S
'Having Never Written
A Note For Percussion'
(for solo gong)

MERINO
SKCRIBLED B2B LIMINAL

visuales
DÖPPELGÄNGER

SECRET LOCATION
viernes,
20 de Septiembre,
2019

\$50.000

INFO
3007407228
www.movemedellin.com

MAMM
miércoles,
18 de Septiembre,
2019

APOYAN

STL D DRO
producciones

CHOCÓ NO ES TIERRA PARA DÉBILES

por ANDREA ALDANA

Fotografías por la autora



—¿Cómo es que vos te llamás? Laura, ¿cierto? —Sí. —¿Y vos qué le dijiste? —No, que no. Él sabe que no puede. Ya está terminando el colegio y mi mamá quiere que sea alguien. Yo también quiero que él estudie y sea alguien, que llegue lejos.

—¿En algún momento te has arrepentido de haber ingresado a la guerrilla? —Hay momentos en que me arrepiento porque en verdad quiero seguir estudiando; pero por otro lado no, porque aquí he aprendido bastante.

—¿Y qué quieres estudiar? —Mi sueño siempre ha sido ser abogada.

—¿Y por qué no lo haces? ¿Por qué no estudias Derecho? Finalmente la guerrilla sí que va a necesitar abogados.

—Sí. ¡Ja! Porque esa carrera es muy cara, y la realidad es que no hay quién pague esa universidad.

Y así, en las comunidades donde el agua más potable que se consume es el agua lluvia y donde no tener qué comer no es carreta de campaña, es como la guerra se cuele y pasa a ser un proyecto de vida.

Durante todo el año 2018, la Defensoría del Pueblo emitió 73 Alertas Tempranas en las que advirtió sobre los riesgos de reclutamiento forzado a los que estaban sometidos “niños, niñas y adolescentes”. Antioquia acumuló el quince por ciento de las alarmas y Chocó ocupó el segundo lugar con el doce.

Después de este grito, la Defensoría afirmó: “Los grupos armados al margen de la ley que realizan estas actividades ilegales son las Autodefensas Gaitanistas Colombianas, AGC; el Ejército de Liberación Nacional, ELN, y las disidencias de las Farc”. Pero pongamos el dedo en la llaga y, como dice Laura, no nos digamos mentiras: ¿quién está detrás de la

—Quince.

—¿Quince? ¿Y cuánto tiempo llevás en la guerrilla? —Esta es mi segunda vez.

—¿Cómo así? —Sí. Es mi segunda vez acá. Yo ya estuve una vez pero me fui y ahora volví.

—¿Pero cómo así? ¿Por qué te metiste la primera vez? ¿Y por qué te saliste? —Lo que pasa es que... Vea, no nos digamos mentiras, cuando uno se mete a la guerrilla por un hombre, le va mal.

—¿Vos te metiste a la guerrilla porque estabas enamorada de un guerrillero? —Sí. Me fui detrás de él, pero no duré ni dos meses. Después nos dejamos y yo me fui pa la casa otra vez.

—¿Y por qué volviste a la guerrilla? —Por mi casa.

—No entiendo.

—Es que en mi casa somos siete y solo está mi mamá. Muy difícil alimentar siete bocas. Ella no tiene cómo, no. Fue cuando decidí devolverme. Yo hablé con ella y le dije: “Vea, usted tiene que alimentar siete bocas. Bueno, pues ya a mí no me cuente. Cuenta con una menos”. Y le dije que me devolvía para la guerrilla.

—¿Y ella qué dijo? ¿Te dejó venirte así nomás? —¿Qué me iba a decir? Ella no quería que yo me viniera, no; me rogó y todo. Pero dijera lo que dijera, una boca más es una carga más. Es muy duro ver la mamá llorando porque no tiene qué darnos de comer. En cambio estando acá uno hasta la puede ayudar.

—¿Y tus hermanos qué dicen? —Hay uno que salió con que dizque también se quiere venir.

forzosa decisión de una niña que se va de su casa e ingresa a la guerra para que su madre no tenga que alimentar siete bocas sino seis? ¿A quién le corresponde garantizarle un entorno seguro y por “entorno seguro” me refiero a que al menos tenga diariamente algo que comer? ***

Estamos escondidos bajo el techo de un rancho de madera en medio de la selva, una choza campesina algo destapada ubicada al lado de los restos de un campo de coca que ahora está abandonado y seco. Va uno, van dos, pero ahora son tres los helicópteros del ejército que nos sobrevuelan y nosotros somos cuatro los periodistas que estamos con la guerrilla: dos camarógrafos, dos reporteros.

Van veinte minutos de sobrevuelo. Hay susto. Suena otro helicóptero y otro. El comandante guerrillero dice que no están cerca y que si nos tuvieran ubicados, ya nos hubieran hecho un “desembarco”, es decir, ya se habrían lanzado soldados con cuerdas y estarían disparando sobre nosotros. Pero esto no me calma, yo siento que tenemos encima a toda la fuerza aérea colombiana. El comandante insiste:

—Además, esta tierra no es fácil, pa caminar este fango se necesita. Si soltaron gente, todavía necesitan por lo menos dos horas de caminata para llegar hasta donde estamos.

Treinta minutos... Sesenta... Hora y 45 minutos de sobrevuelo ininterrumpido. ¡Jesús! Pues si soltaron gente, estamos a quince minutos de que nos caigan. A quince minutos de quedar en la mitad de un combate entre el ejército y la guerrilla.

—¿Por qué no nos movemos? —pregunto—. ¿Y si nos caen? —Porque no sabemos dónde están. Los helicópteros sonaron por aquí, por

allí, por allí y por allí —dice el comandante señalando los cuatro puntos cardinales—; ¿y si terminamos cayéndonos nosotros por error?

Suena otro helicóptero. Este suena durísimo y nos pasa cerquita. Por medio de un destapado que hay entre las hojas de la selva, el colega reportero y yo vemos pasar la aeronave y hasta alcanzamos a contar los soldados que van dentro del aparato. Se acercan diez metros más y hasta les cuento los lunares de la cara. “¡Mierda!”, pensé.

—Reunión urgente, muchachos —dije a los periodistas.

Nos reunimos en círculo y empezamos a improvisar el protocolo de seguridad:

—Qué hijueputa susto.

—¿Qué vamos a hacer? —Todos de blanco ya. Camiseta blanca ya.

—¿Pero qué vamos a hacer si el ejército llega? Yo estaba pensando en tirarlos al río.

—No, no. A la loca no nos podemos poner a correr.

—¿Entonces qué hacemos? —No sé. Lo primero es separarnos de la guerrilla, lo segundo es empezar a gritar “prensa, prensa” a la loca mientras agitamos una camiseta blanca por el aire.

—¿Y lo tercero? —Confiar en que el ejército vea la bandera blanca y no nos dispare.

—¿Tú crees que nos dispararían? —Yo creo que a ningún gobierno le conviene que maten a cuatro periodistas en un operativo militar. Pero es que otra cosa es la adrenalina, esa es la que actúa primero y piensa después.

Miro el rostro de Laura, la guerrillera de quince años, y noto cómo ella también observa el cielo asustada. De todos, es la que se ve más preocupada. El comandante guerrillero, en cambio, nos

observa desde lejos, hay algo de tensión en su rostro pero lo que más resalta en su mirada es un dejo de burla. Somos un chiste para él. Intenta seguir calmándonos y como último recurso, bajo el sonido de las hélices en el cielo, decide ponerse a cantar una canción de los hermanos Mejía Godoy: “Vendrá la guerra, amor, y en el combate / no habrá tregua ni freno para el canto. / Sino poesía naciendo incontinente, / del cañón, de fusiles libertarios. / Vendrá la guerra, amor, y en el combate, / nos fundiremos en las barricadas. / Deteniendo las hordas criminales, / a punta de corazón, fuego y metralla”.

El comandante es alias Uriel, el que tiene más presencia ante las cámaras. El más buscado de la región. El premio gordo de los militares. Y preciso nosotros teníamos que estar con él. Como si no fueran suficientes los peligros propios que atormentan al Chocó. La guerrilla que nos recibe es el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Estamos en el litoral de los afluentes que se desprenden de alguna parte del río San Juan, ni idea cuál, pero con certeza es la parte que ellos dominan. Porque el resto del río, al igual que el Atrato, se lo disputan con las “disidencias” y las AGC.

Estamos con el ELN porque queremos conocer su dinámica en el territorio y su papel en este momento del conflicto en el país; y si no estamos en los territorios de las AGC o de los disidentes de las Farc es únicamente porque no nos han autorizado el ingreso. Y acá la autoridad son ellos.

La disputa por el territorio entre los grupos armados al margen de la ley se ha incrementado en los últimos dos años. La salida de las Farc del escenario bélico dejó un vacío de poder que todos los actores armados se apuraron a llenar. Todos, claro, menos el Estado. Que desaprovechó tremenda oportunidad y siguió llenando el río San Juan con sus buques de guerra y sus botes de combate, y dejando al litoral sin escuelas, sin energía eléctrica, sin agua potable y sin puestos de salud.

Hace poco, el pasado 5 de septiembre, la vicepresidenta de la República, Marta Lucía Ramírez, escribió en Twitter: “Hoy a los jóvenes del Chocó y de 10 departamentos más, les va a ser posible acceder a la educación virtual a través de 76 programas que hoy se ofrecen a través de la línea de crédito #MásColombianoQueNunca. #EducaciónQueConecta”. Y su intervención resulta hasta chistosa porque: uno, el mismo Estado en su Decreto 749 de 2018, con el cual creó la Comisión Intersectorial para el Departamento del Chocó, afirmó que en el “Chocó se evidencian deficiencias en materia de cobertura y calidad en educación, salud, alimentación, agua potable, saneamiento básico, seguridad, accesibilidad, infraestructura, [...] así como problemáticas ambientales que afectan la situación social, económica y humanitaria del departamento”, como para que ahora venga ella a ofrecerles una deuda. Y dos, porque el grueso del Chocó al que le ofrece “educación virtual” conecta energía eléctrica solo un par de horas al día a través de plantas de gasolina. Como escribí antes, la vice podría resultar hasta chistosa, pero el Estado allá no es ni siquiera un chiste. Es nada.

En consecuencia, la población quedó bajo la ley y el orden —o el desorden— de los grupos armados ilegales y la norma se la impone el fusil. Y en medio de los combates por aumentar este poder —poder que por supuesto incluye la recolección de impuestos, o vacunas, como les dicen los civiles—, han quedado confinadas cientos de familias sin poder salir de sus casas ni siquiera para buscar algo de comida. Situaciones que, por puro desespero, terminaron en

el desplazamiento masivo de comunidades indígenas y afrodescendientes.

El 7 de septiembre de 2018, la Oficina de las Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA) emitió un comunicado en el que informó que desde el 21 de agosto, al menos 1640 personas (328 familias) se encontraban confinadas y cerca de 223 (61 familias) se habían tenido que desplazar forzosamente en los municipios de Bahía Solano y Juradó, debido a los enfrentamientos entre las AGC y el ELN. Al final, el texto también decía que un combate ocurrido el 26 de agosto entre estos grupos había causado la muerte de un menor de edad y había dejado heridas a dos mujeres indígenas.

La Defensoría del Pueblo, por su lado, emitió la Alerta Temprana No. 069 el 27 de agosto de 2018 y en ella advirtió que las comunidades presentan “desabastecimiento de alimentos, dificultad de acceso a medios de vida (actividades de pancoger), afectaciones en salud mental y necesidades de protección”. Advirtió de futuros desplazamientos o lo más grave: de contaminación por minas antipersona. En los años de la paz, volvían a minarse los territorios.

El grito de auxilio se repitió este año, en los primeros días de abril la Defensoría emitió la Alerta Temprana 017-19 de Inminencia y ahora decía que los confinados eran 2778 más. Y que el enfrentamiento entre las AGC y el ELN ya no estaba solo en Bahía Solano y Juradó, se había expandido y ahora afectaba a nueve comunidades indígenas y afros del municipio de Bojayá: Villa Hermosa, Egoróquera, Playita, Unión Baquiaza, Mesopotamia, Napipí, Bocas de Opogadó, Carrillo y Pogue; territorios en los que se come porque se cultiva. Pero las minas y los combates, el temor al disparo del fusil, no estaban permitiendo que los agricultores salieran a cosechar.

¡Hambre! ¡Hambre es lo que había y aún hay en el Chocó! Y la vice ofreciendo educación virtual.

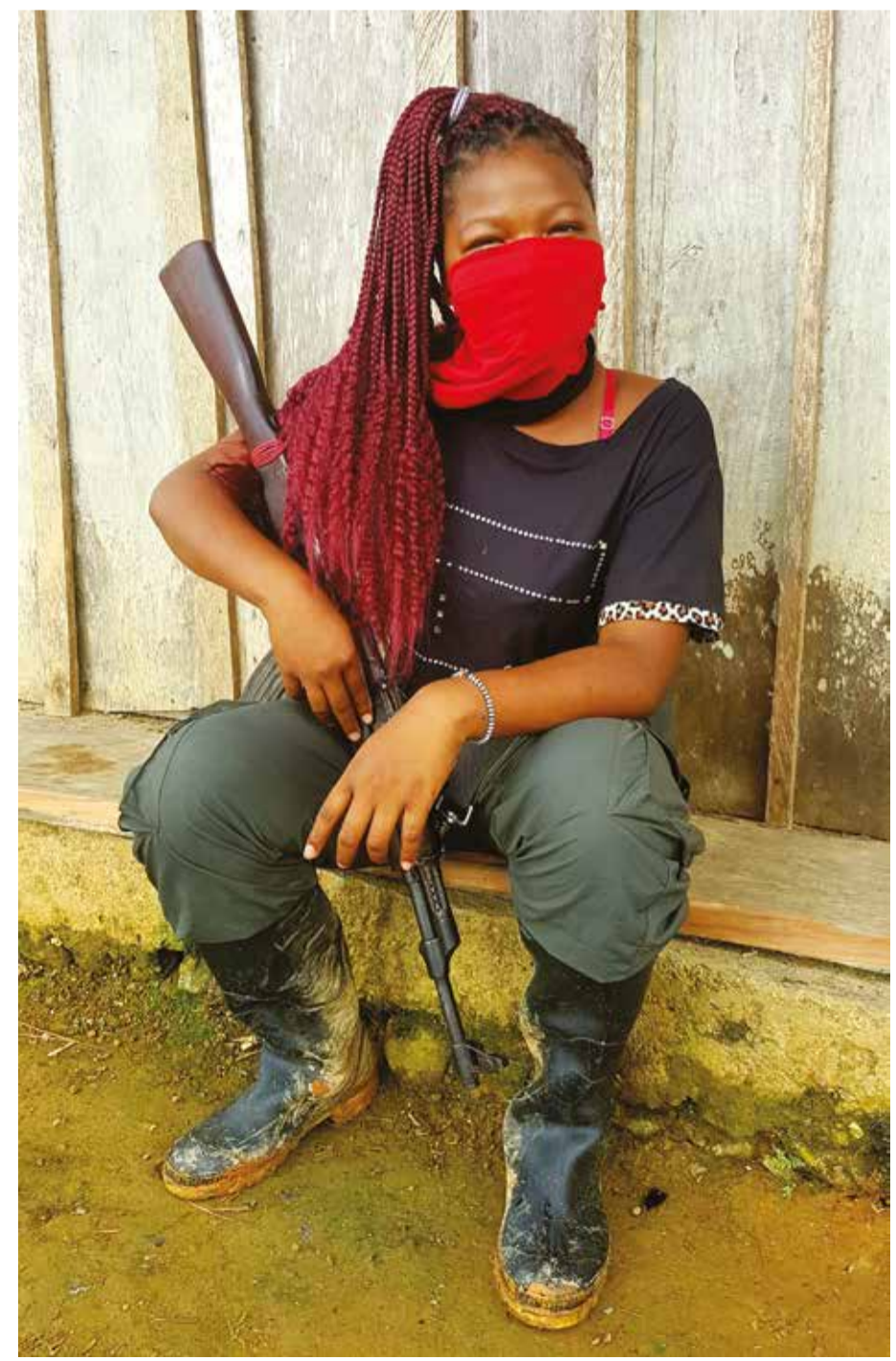
En las ocasiones que entré a entrevistar al ELN junto a otros periodistas, que son varias, casi siempre nos fue a recoger el mismo guerrillero, Uber. Un hombre de treinta y algo, no sé bien. La última vez que lo vi me mostró la foto de su hija, ya adolescente, y no paró de contarme lo feliz que estaba porque por fin la había encontrado —la guerra los separó estando ella muy pequeña— y también me dijo lo bien que les había ido en ese primer reencuentro. Esta vez no fue a recogerlos. Lo habían matado. En medio de un combate, la bala de un fusil le partió la cabeza y le reventó la vida. El cuerpo aún no lo recuperan. Suponiendo que los bandos en esta guerra están bien definidos y sin entender mucho de ella —obviamente— pregunté:

—¿Y por qué no entregan el cuerpo? ¿El ejército no debería devolvérselo a la familia? ¿O fueron las AGC? —Fueron las disidencias.

—¿Las disidencias? ¿Cómo así? Ahora también están enfrentados con las disidencias? —Uff, la pelea más grande ahorita es con ellos. Por un lado llegaron diciendo que eran el Frente 30 y que volvían, entonces que nos teníamos que ir, por otro lado se presentan grupitos pequeños y dicen que son disidencia y que también nos tenemos que ir, y por Juradó volvió uno que fue comandante Farc pero ahora se presenta como AGC, y lo mismo: que nos fuéramos. Entonces estamos enfrentados con todos.

—¿Y Uber? —No, pues quién se va a ir a sacarlo de por allá.

Yo quería llorar, pero sus compañeros no se mostraban muy acongojados. A mí me daba pesar por Uber y por su hija, esa menor de edad que no llegaba a los dieciséis años y ya había perdido





al mismo padre por segunda vez. Pero para sus compañeros es cotidiano. En la lógica del guerrero, la muerte se vuelve dama de compañía.

Estaba pensando en todo esto cuando vi a Laura, la guerrillera de quince años, y recordando su cara de susto por el sobrevuelo que nos habían hecho las aeronaves militares el día anterior, me acerqué y le pregunté que si a ella aún le daban miedo los combates. Me contestó que no. Me contó de un par de enfrentamientos que ya había tenido con el ejército y al final agregó que eso le había matado el susto.

—Bueno, pero en conclusión: ¿ya no te dan miedo los combates?

—No. Si a mí me dicen que hay que ir, yo voy.

—¿Y entonces ayer por qué estabas con esa cara de susto cuando nos sobrevolaron esos helicópteros del ejército?

—O sea... Eso... Eso fue... ¿Caras?... ¿Yooo?

—Sí señora.

—Eso fue porque miraba hacia el cielo y me tocaba mirar así por el sol.

—No señora, yo laví. Pura cara de susto.

—Es que la verdad eran bastantes, jajaja.

Nos reímos un rato de eso y empezamos a hacernos un par de bromas suponiendo lo que hubiéramos hecho si hubiéramos recibido el asalto militar. Entonces empecé a comprender la guerra en el Chocó. Es tan irreal y tan lejano a nosotros lo que sucede en este territorio que terminas riéndote junto a una menor de edad porque unos soldados no te dispararon y no te mataron en la mitad de la selva.

Reía ahora de una hipotética escena macabra que no sucedió; tres noches atrás, escondida en una hamaca, sin poder dormir, y ahogando el llanto con un saco para que nadie me oyera, lloraba por otra escena que tampoco viví pero que sí ocurrió.

—Me mataron a mi mamá, me la mataron, me mataron a mi mamá...

La voz quebrada de un niño de once años suelta ese audio por WhatsApp y el último “mamá” se oye lejano, como si apartara la boca del micrófono antes de soltar el celular. Como si algo acabara de llamar su atención. Lo imagino con paso presuroso de un lugar a otro, lo imagino tirándose del pelo, lo imagino tronándose los dedos, lo imagino llorando mientras patea con sus piernas delgadas las latas y la madera de su rancho. Imagino que suelta ese celular y corre hacia el hueco de la puerta porque cree ver regresar a la madre que nunca más va a volver.

“Me mataron a mi mamá”. Pasan tres segundos, el audio acaba y el silencio nos cae como bloque de granito. Estábamos solo una fuente, el colega reportero y yo. La voz del niño se apaga y yo inmediatamente me doy cuenta de que voy a escuchar una de esas historias que queman por dentro, que arden como arde el reflujo cuando se apodera del pecho. En Colombia asesinaron a una mujer —a otra—. Era madre. Y yo la conocía.

El nuevo cadáver no era de un líder social. No era activista. Era una mujer dedicada al rebusque. Era una persona que vivía con miedo en el Chocó. Alguien a quien mataron y no salió en las noticias. Pienso en ella, pienso en la única vez que la vi. Ahora era un cuerpo sin vida que dejaron amarrado a un tronco. Era nadie. Y gracias a esa nadie algún día yo me alimenté.

A las fieras que la asesinaron ella también las alimentó, pero estas, traicioneras, mordieron esa mano que les daba de comer. Vendía pescados y legumbres, los metía en una nevera de icopor y los transportaba a lo largo de la única vía de este vasto territorio: el río San Juan. Cruzaba —inevitable— las imperceptibles fronteras que sobre

él trazan el ejército, la delincuencia común, las guerrillas y las nuevas expresiones del paramilitarismo. De ella comieron todas las fieras.

—Ay, Andrea, era mi amiga. Cómo matan a esa muchacha. Yo qué le voy a decir a usted, hija, ¿yo qué le voy a decir? Si vinieron por ella, en cualquier momento vienen por mí.

Mi fuente, dura, temeraria, que siempre está desafiante, recia, que siempre que voy a saludarla me recibe con un “Ya vino usted otra vez por aquí a hacerme perder el tiempo y con todo lo que tengo que hacer”, por primera vez está derrotada. Lo sé por sus hombros que en vez de altivos están caídos, por su mentón pegado al pecho mientras habla, por la lágrima en su mejilla derecha que ni siquiera tiene fuerzas de limpiar. Llora y yo quiero llorar. Por el niño huérfano, por la madre asesinada y por mi fuente, sobre todo por mi fuente, que es superpoderosa para mí y ahora pierde sus poderes. Quiero llorar pero me avergüenzo. El Chocó no es tierra para débiles.

La muerte la pude seguir casi en vivo como si estuviera escuchando un pódcast macabro. El primer audio es de la madre, la que asesinaron, pregunta cómo están las cosas por la vía, dice que tiene miedo, que le han dicho que “las cosas están muy calientes por ahí”, pero que ella necesita salir a trabajar. Vuelve a decir que tiene miedo y la voz no aparece más.

El segundo audio es del esposo, dice que en la vía hicieron un retén, que unos encapuchados bajaron a su esposa del transporte, que ella iba con el niño, que el niño se desesperó pero que los sujetos dijeron que solo la iban a retener un momento y la entregaban después; el hombre dice que no tiene ni idea de qué pasó con su mujer y pide, muy ansioso, que por favor le ayuden a ubicarla, que alguien haga algo para salvarla. El tercer audio vuelve a ser del marido, con tono seco y pesado, como el ruido de un puño cuando se deja caer sobre una mesa, su voz anuncia —y sus palabras golpean—: “Ya apareció. La mataron”. El cuarto audio es un niño quebrado en llanto que parece robarle el celular al padre por unos segundos porque necesita desahogar su furia y su impotencia: “Me mataron a mi mamá, me la mataron, me mataron a mi mamá”.

La fuente, pensando que es dato valioso, me extiende el celular para que vea las fotos del cuerpo (alguien lo retrató, creo que el marido), pero yo volteo rápidamente el rostro hacia el lado contrario y hago un gesto de desagrado como si hubiera ingerido una bebida amarga. El trago más amargo de la guerra: la muerte de los civiles que nunca hicieron, quisieron ni pidieron ser parte del conflicto.

En el territorio hay hipótesis sobre las fieras que la devoraron. Pero hay tantas, que no está claro de dónde vino la mordida. La bajaron en ese retén que mencioné el esposo en el audio. El niño



imploró por su madre. Lloró. Los encapuchados —bondadosos ellos— le dijeron que se tranquilizara y que en unas horas se la iban a devolver unos caseríos más adelante, que ellos mismo la iban a llevar después hasta allá. La retiruvieron toda la noche y al otro día, amarrada, la fusilaron; dejaron su cuerpo atado a un tronco —compasivos ellos— para que no se fuera a extraviar.

Pregunté las causas pero no pregunté por las consecuencias de ese crimen. La fuente en un comentario me dejó saber que el niño acababa de cumplir doce años y que en su cumpleaños hubo un momento en el que se aisló. El padre fue a preguntarle si estaba bien y el niño soltó un par de lágrimas y dijo que extrañaba a su mamá.

Todos quedamos en silencio y un par de horas más tarde alguien llegó por nosotros. Nos iban a llevar a otro caserío mientras las condiciones de seguridad se prestaban —habían militarizado el litoral— para que la guerrilla nos diera la entrevista. Me despedí de la fuente, seguí el recorrido y, en lugar de concentrarme en las preguntas de una entrevista que podía ser en cualquier momento o de pensar en las hostilidades a las que nos iba a someter el ejército si nos veía navegando el río tan tarde, todo el camino tuve al chico —del que solo conocí tres segundos de su voz y su llanto— en la mente. Lo imaginé cerrando los ojos muy apretados y deseando con furia que su mamá regresara. Lo imaginé después abriendo los ojos e imaginé la orfandad tan espantosa que debió sentir cuando entendió que nunca más la iba a volver a ver, que no iba a

volver a tener el abrazo materno en un cumpleaños. Por la noche, mientras intentaba dormir en una hamaca, en mi mente también se coló ese otro chico de doce años que nos desgarró a todos mientras gritaba y pateaba una puerta al lado del cadáver de su madre. Ese pequeño que ya nadie recuerda. El hijo de María del Pilar Hurtado, la madre que las fieras asesinaron en Tierralta, Córdoba, frente a su hijo.

El hijo de María del Pilar quedó a cargo de tres hermanos, el chico de mi historia no sé de cuántos. El resto de mi viaje por el Chocó, que se extendió casi una semana, vi niños entre seis y doce años cargando a sus hermanos menores y no pude más que pensar en potenciales huérfanos. En madres asesinadas que a nadie importan. En unos versos de Safo:

Bajo tierra estarás, / nunca de ti, / muerta, memoria habrá, / [...] Ignorada también, / tú marcharás / a esa infernal mansión, / Y volando errarás, / siempre sin luz, / junto a los muertos tú.

No pude dormir entonces y sigo sin poder dormir ahora. ¿Quién duerme tranquilo en este volátil gobierno de fusiles? ¿Quién duerme tranquilo en la morgue Colombia? Solo los muertos.

No pregunté entonces pero ahora sí pienso en las consecuencias de ese crimen, de todos los crímenes: niños que crecen con el alma envenenada, materia prima para la guerra. Colombia, país de huérfanos.

Terminó el viaje al Chocó en el que cuatro periodistas nos aflagimos juntos, nos asustamos juntos, nos burlamos juntos y nos reímos juntos. El último

día, antes de irnos, muy en la mañana, vimos a los jóvenes de la guerrilla haciendo entrenamiento deportivo en una especie de cancha del caserío donde nos quedamos esa noche mientras un puñado de niños los observaban fascinados. No había fusiles cerca, solo muchachos y muchachas haciendo deporte y tapan-do su rostro con un trapo rojo para evitar quedar retratados o grabados en nuestras cámaras.

Yo me concentré en los niños. Traté de entender su fascinación. Y otra vez llegué a lo mismo: en los territorios donde hay nada la guerra se vuelve un proyecto de vida. Una lancha nos recogió y nos sacó del Chocó navegando por el río San Juan, la única forma de salir de ahí, porque en esa parte ni siquiera hay carreteras. Tardamos seis horas para volver a la civilización en la que se tiene conexión eléctrica permanente. En la que no hay guerra permanente. En la que te cobija la burbuja. Durante esas horas recordé los versos de la canción que cantó el comandante Uriel bajo el ruido de las aspas de los helicópteros que nos sobrevolaban; recordé a Laura, la asustadiza guerrillera de quince años, recordé el rostro de mi fuente derrotada y recordé al niño de once años, ahora huérfano, que por WhatsApp quebraba su voz para decir que a su mamá la habían matado.

Yo no canté bajo el ruido de las hélices del ejército. Intentaba pensar en una canción para un escenario así. Pero ahora solo estaba el ruido de la lancha sobre el río y el ronroneo del motor. La melodía de la huida. Atrás quedaba, como siempre, el Chocó. ©

Músicas del mundo, arte, bebidas y cafés
Calle 54 # 42-07 Centro • Tel: 216 8302
Fb: @CasadeAsterion

Piensa hacia donde diriges tu estrategia...

cohete.net

#diseñopaginasweb #solucionesalamedida #apps #marketingdigital

El pez diablo

En la ciudad de Medellín son pocas las personas que se han dedicado al arte de la taxidermia o la naturalización. Entre ellos podemos mencionar a Julián Alzate, los hermanos lasallistas Nicéforo María, Daniel de la Inmaculada y Marco Antonio Serna, Ramón Cadavid y Miguel Parra. Este último es el único que aún practica este oficio en la capital de Antioquia realizando trabajos para particulares y para algunos museos.

El primero ayudó a la conformación de una colección de animales naturalizados para el museo de Leocadio María Arango, el cual fue el local más importante de su tipo a finales del siglo XIX y principios del siglo XX en la bucólica Medellín de entonces. Su afamado local en el barrio San Benito fue visitado por naturalistas y etnógrafos europeos de renombre como Otto Fuhrmann y Eugéne Mayor quienes hicieron registro de su colección para llevarlos y estudiarlos en Europa.

De otra parte, los hermanos Nicéforo María, Daniel de la Inmaculada y Marco Antonio Serna se dedicaron a preparar animales de diferentes grupos taxonómicos para formar una vasta colección zoológica que reposa en el Museo de Ciencias Naturales de La Salle y otros museos del país y el mundo.

Así, el escalpelo, la navaja, los pinces, el barniz, el alambre, los moldes, las tijeras, el hilo, las tenazas, el algodón, el aserrín, los ojos falsos y sustancias tóxicas como el sulfuro, cloruro de mercurio o azufre para la curtiembre de la piel, según la época, se transformaron en las herramientas que posibilitaron a estos artistas la conformación de piezas y colecciones zoológicas que hoy consideramos como importantes al ser apreciadas como testimonio de nuestro pasado natural en el contexto de la emergencia ambiental existente.

La taxidermia se puede realizar en insectos, peces, aves y mamíferos; se puede embalsamar desde una hormiga hasta un elefante. Si el ejemplar es un mamífero, se le desprende la piel, se le sacan todas las carnosidades y se le deja solo el cráneo. A las aves se les dejan las patas y las bases de las alas; al cuerpo, en cualquiera de los dos casos, se le solía hacer un molde en poliuretano o antiguamente se realizaba una estructura en alambre. Si se trataba de un pez el proceso podía ser más complejo por la deshidratación tan rápida que presenta su piel.

Cualquiera que fuese la época, si la técnica de naturalización era ejecutada de buena manera propiciaba el deleite estético, la contemplación; motivaba la curiosidad científica sobre el animal que se observaba; servía como elemento decorativo y de gran elegancia; y en general, posibilitaba el conocimiento de la naturaleza en ciudades ajenas a esos entornos inhóspitos.

Sin embargo, algunos taxidermistas a lo largo de la historia han tratado de recrear animales fantásticos que han entrado a engrosar la lista de la denominada "taxidermia engañosa" que consiste en la realización de un montaje a partir de partes de diferentes animales o por medio de la alteración física de los mismos y que ha tomado popularidad entre los artistas que se dedican a este oficio. La sirena de Fiyi o el grifo de Goth son prueba de ello.

Al Museo de Ciencias Naturales de La Salle en la ciudad de Medellín llegó a principios de la década del ochenta un extraño animal que hizo parte de algunos artículos en periódicos locales por la rareza de su forma y por el nombre que le fue dado, "El pez diablo", que en realidad es una raya guitarra (Rhinothates sp.) colectada en la zona de Arboletes, Antioquia, en el año 1980, y que sufrió un proceso de alteración de su apariencia física por medio de la disección del cuerpo en la parte superior para dar la apariencia de dos orejas y otra dos disecciones en la parte inferior de tal manera que aparenta que tuviese dos patas y una cola al igual que un demonio. Por muchos años esta fue una pieza que causó gran curiosidad entre los visitantes del museo debido al desconocimiento e inusual forma.

La realidad es que estos animales son preparados en países como México y Colombia para ser comercializados como amuletos o como rarezas de la naturaleza entre turistas y visitantes.

La finalidad de la taxidermia ha sido tratar de representar un animal de manera realista como si estuviese en su hábitat natural; pero no siempre esto se ha logrado con exactitud pues malograr algunas pieles para aprender las técnicas de naturalización o para alimentar imaginarios colectivos ha sido parte de este arte; a pesar de ello, son piezas con gran valor estético y simbólico que dan testimonio de la evolución del oficio en nuestra ciudad y que causan diversas reacciones por parte del espectador al observarlas y tratarlas de comprender.



Felis Catus, gato doméstico. Ante la ausencia de ojos adecuados se recurre al uso de semillas o bolas de cristal.

Rhinothates sp. Mantarraya. Se le realizaron algunas incisiones para que tuviese la apariencia de un demonio.



*Animales con procesos de naturalización no convencionales. Colección de taxidermia del Museo de Ciencias Naturales de La Salle. Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM).



Caiman Crocodilus, caimán. Naturalización del animal en una posición inusual.

PIZZERIA
CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: 254 45 10

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101

Restaurante **EL ARBOL DE LA VIDA**
Comida Natural

Teléfono: 2302522

Karoty
PARAFERNALIA PARA FUMADORES

En el Centro comercial Medellín, contiguo a la Plaza Minorista
Calle 54 N°57 60 Local 197
Celular: 311 634 21 85

El Túnel
BISTRÓ

COCINA TRADICIONAL, SALUDABLE Y CONSCIENTE

Carrera 42 # 54-62
Medellín, Colombia
Tel: (+574) 479 87 45

@eltunelbistro
eltunelbistro@gmail.com
www.eltunelbistro.com.co

Leer escuchar comprender conciliar

ACTIBIENES
TRABAJAMOS CON PROPIEDAD

Bienes raíces • Consultoría jurídica • Miembros de La Lonja de propiedad raíz

Origenes
Restaurante • Bar

LUNES A JUEVES
12:00 m a 9:00 pm
VIERNES Y SÁBADO
12:00 m a 10:00 pm

Torres de Bomboná
Cra 43# 47-64 L. 131

LA CAMERATA
SINCE BAR 1979

ORANGE
C.E.
Bar Restaurante

40 años de buena música y buena cocina artesanal / Tel: 3005059221
Barrio Carlos E. Restrepo

Due Amici
PIZZERIA CAFE

Cil 49# 64-58 | 230 56 02 | www.dueamici.co

LA COMEDIA
CAFÉ - RESTAURANTE

En Medellín desde 1986
Barrio Carlos E. Restrepo Carrera 64 # 51-60

En Santa Fe de Antioquia desde 2004
Plazuela Santa Bárbara, Calle 11 # 8-03

¡Y AHORA en Jericó!
Parque los Fundadores, Calle 10 # 4-31
Disfruta nuestro ABC Arte Bar y Cocina

@lacomediaabc

Desarrollamos la tradición italiana en un nuevo concepto de **GELATO**

ATTIMO GELATO

Ven y enamórate de nuestros sabores y encuentra Universo Centro en nuestra Casa Attimo.

Transv. 39 #73B - 60, Laureles, Medellín

@attimogelato - Tel: 363 55 50



cinéfagos.net

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

 /cinefagos.net

 @cinefagosnet

PLANETARIO
DE MEDELLÍN

MICIELO

EXPOSICIÓN HECHA POR LA GENTE

Vagabundos del universo en el Planetario

Reportes de astrofotografías tomadas por
aficionados desde El Carmen de Viboral,
Chingaza, Guatapé, Jardín, Cabo de la Vela,
La Guajira, Entrerrios, Nevado del Ruiz...
y muchos otros lugares que nos recuerdan
el cielo que nos emparenta.

Foto: **Daniel Holguín**
Tomada desde finca cerca de Manizales



FESTIVAL DE TEATRO SAN IGNACIO

Medellín · 2019

Sept. 25 al 29

ENCUENTRA LA PROGRAMACIÓN EN:
www.festivaldeteatrosanignacio.com



Adquiere tus boletas en
www.latiquetera.com

La Tiquetera

Tarifas incluyen ticket service

TARIFAS AFILIADOS

A: \$6.000

B: \$9.000

C: \$21.000

NO AFILIADOS

D: \$26.000

TARIFAS AFILIADOS

A: \$3.000

B: \$4.000

C: \$11.500

NO AFILIADOS

D: \$12.100

*La Milonga
y La Bomba



San Ignacio
Patrimonio, Cultura y Educación

GRUPO ARGOS

PROANTIOQUIA
Fundación para el desarrollo

UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

comfama

VIGILADO SuperSubsidio

En convenio con:



Con el apoyo de:



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos